

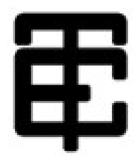
SUBTIERRA

LOUIS G. MILK

Colección ESPACIO

SUBTIERRA

LOUIS G MILK





CAPÍTULO PRIMERO

El violento chorro de polvo surgió repentinamente del suelo, muy parecido al vapor a presión de una fuente termal subterránea. El viento agitó con suavidad la columna de finísimo polvo durante algunos segundos.

Casi a continuación, el suelo acusó cierta vibración y asomó una cosa brillante y cónica, que se movía en sentido giratorio con gran velocidad, y detrás un vehículo singular que, asomando sobre la superficie en un sentido oblicuo, no tardó mucho en adoptar una línea horizontal del suelo.

El objeto brillante y cónico detuvo su movimiento de giro replegándose sobre sí mismo hasta que alcanzó la cuarta parte de su diámetro primitivo a la manera de un paraguas después de ser usado. Estaba unido al vehículo por un gran eje, de más de dos

metros de grueso y al cesar en su rotación despidió durante algunos segundos leves columnitas de vapor que fueron desapareciendo con rapidez.

El vehículo tenía asimismo una extraña forma. Era cilíndrico, grueso de unos cinco metros y largo de más del doble; su parte posterior era semiesféríca y, para deslizarse por el suelo, disponía de un perfeccionado sistema de orugas metálicas que podía alternar, según las ocasiones, con ruedas elásticas, del diámetro y la consistencia necesaria para soportar el centenar largo de toneladas que pesaba el original vehículo. Tanto las ruedas como las orugas sobresalían muy poco del vientre del aparato, lo justo para que éste pudiera transitar con facilidad por la superficie. Cuando viajaba por el interior de la tierra, tanto las unas como las otras se replegaban casi en su totalidad; entonces, apenas si salían unos quince centímetros de la estructura y a veces menos, dependiendo de las circunstancias.

El vehículo era perfecto.

La escotilla se abrió en la parte superior y el torso de un hombre salió fuera. El hombre vestía un extraño uniforme amarillo anaranjado, con unos signos negros impresos en la parte izquierda de su pecho y su cabeza estaba cubierta por un gran casco del que partían varios cables, en aquellos instantes desconectados de los aparatos a que correspondían.

Se llenó de aire los pulmones, respirando la fresca y perfumada brisa que venía de los campos cubiertos de verdor. Una amplia sonrisa dilató sus comisuras.

El casco se prolongaba hacia abajo en una especie de cuadro de mandos en pequeño tamaño, que descansaba sobre su pecho y en el que se divisaban unos cuantos botones. Hizo girar uno y luego, bajando un tanto la cabeza, lanzó un fuerte grito.

—¡Jan! ¡Asómate un poco!

Una secunda escotilla se abrió a un metro de la anterior y otro hombre, equipado de la misma manera, apareció en la superficie del vehículo. El primero le señaló el cuadro de mandos, sin hablar. Jan desconectó el suyo, haciendo una señal de afirmación.

—¿Qué te parece, Jan? ¿No es verdad que vivir al aire libre debe ser maravilloso?

Jan frunció el ceño.

—Likkus, si no te conociera desde hace años diría que albergas en tu imaginación ideas subversivas —repitió, con severidad—. ¿Es para decirme sólo eso que me has hecho salir fuera abandonando mi servicio de escucha?

—Vamos, vamos, Jan —dijo Likkus—, no te tomes las cosas con tanta seriedad. Demasiado conoces mi modo de pensar. Sólo que al respirar el aire tan perfumado…

—Ya basta, Likkus. Soy tu amigo, pero no me gusta que sigas hablando en ese tono. No hemos venido aquí para respirar la brisa perfumada ni contemplar el paisaje, sino porque estamos desempeñando una misión de exploración, búsqueda y, en su caso, persecución. Será mejor que vuelvas a tu puesto ante el sismófono; dentro de pocos minutos recibiremos nuevas instrucciones y hemos de estar prestos a cumplirlas con la mayor rapidez posible.

Likkus supo dominar la cólera que le acometía al escuchar las palabras de su compañero. Exclamó:

—Jan, eres un condenado aguafiestas, así te quiten el permiso anual de diez días en la superficie. ¿Cometemos algún pecado deteniéndonos unos instantes a descansar en este punto?

—No, según se mire. Pero, por otro lado, formas, aun sin darte cuenta, parte de los que, secreta o públicamente, aplauden a los hombres de la Sup—T, y eso no me gusta en absoluto, Likkus.

—¿Yo, de la Sup—T? —Likkus se echó a reír a carcajadas—. Vamos, vamos, Jan, ¿por quién me has tomado? Sabes de sobra que…

Un fuerte zumbido interrumpió sus palabras. Los dos hombres, a un tiempo, se zambulleron en el interior del vehículo y se dirigieron veloces hacia la sala de mandos.

Conectaron los cables a los enchufes correspondientes. Jan movió una palanquita y un objeto, que tenía la forma de una pequeña broca, surgió del vientre del vehículo, produciendo en el suelo un orificio de unos dos centímetros de grueso, por veinte de profundidad, en pocos segundos.

—Sismófono conectado —dijo, tocándose maquinalmente uno de los auriculares del casco.

Likkus hizo una señal de asentimiento. Movió otra palanca y habló a través de un micrófono:

—Aquí, Trépano Cuarenta en misión. Habla el jefe Likkus.

Transmitiendo las ondas sonoras a través de la tierra, la voz de un hombre llegó desde muy abajo:

—Jefe Control Policial del Sub—Urb Veintidós a Trépano Cuarenta. Informes recibidos señalan trépano sospechoso en coordenadas cinco, cinco, nueve, norte; tres, dos, cero, este, perdiendo profundidad rápidamente. Detecten, detengan, interroguen y actúen según leyes y comportamiento trépano sospechoso. Participen enterado.

Likkus repitió el mensaje. La voz dijo, de nuevo:

—Eso es todo. Informen lo antes posible. Fin de transmisión sismofónica.

Likkus cortó la comunicación. La pequeña especie de broca se replegó casi en el acto al mismo sitio de donde había emergido.

—Jan, pon en funcionamiento el sismodetector.

Jan manipuló otros botones. Varias brocas como la anterior surgieron de distintos puntos de la panza del vehículo, adentrándose algo más en la tierra. A poco, una pantalla circular de casi un metro de diámetro se iluminó por encima del cuadro de mandos.

Likkus movió el dial de orientación. Rayas confusas de distintos colores aparecían en la pantalla. De pronto, surgió una mancha netamente definida de forma alargada.

La mancha ascendía poco a poco, siguiendo una línea diagonal, que la llevaría a situarse en pocos minutos cerca del extremo superior izquierdo de la pantalla.

—Aparecerá exactamente dentro de tres minutos y catorce segundos —anunció Jan—. Convendría sacar el radar externo.

—Desde luego —accedió Likkus. Presionó otro botón y una pequeña compuerta de doble hoja se abrió en la parte superior del casco. Casi al mismo tiempo un mástil, con una pequeña rejilla de radar en la parte superior, ascendió hasta el exterior de la compuerta y se detuvo al alcanzar los cuatro metros por encima del casco. La rejilla empezó a girar lentamente, provocando la captación de sus imágenes en la pantalla correspondiente de la sala de mandos.

Los dos hombres contemplaron con suma atención las imágenes que aparecían ante sus ojos. De súbito, la mancha desapareció en la pantalla del sismodetector haciéndose visible en la del radar.

—¡Ahí está! —gritó Jan, vivamente excitado—. ¡Adelante, Likkus!

El vehículo se puso en marcha en el acto. Sus anchas orugas, al par que le proporcionaban una gran potencia de tracción, le conferían asimismo una gran estabilidad, que era muy poco alterada por los accidentes del terreno.

Por otra parte había un sistema de periscopios en la parte superior enlazados con una pantalla de televisión por medio de la cual podían ver con nitidez las imágenes. De pronto, a trescientos metros, surgió la silueta de un artefacto idéntico al suyo.

—Ordénales que se identifiquen, Likkus —ordenó Jan—. Si no lo hacen, dispara contra ellos.

—Bien, de acuerdo.

Likkus habló, mientras el aparato corría a más de cuarenta kilómetros por hora hacia su objetivo. Sus llamadas fueron desatendidas.

—Nadie contesta, Jan.

—Repítelo una vez mas y si permanecen mudos... ¡Eh! ¿Qué es eso?

El otro vehículo se puso en marcha de pronto. Por un momento, los dos hombres creyeron que sus ocupantes trataban de huir.

Pero sólo se trataba de una maniobra para situarse en mejor posición. El aparato describió un círculo casi completo, y luego, a sesenta kilómetros por hora, se abalanzó sobre el ocupado por Jan y Likkus.

—¡Cuidado! —gritó Jan, desesperadamente—. ¡Derecha, derecha, Likkus!

Era ya tarde. El vehículo atacante cargaba ya sobre el de ellos.

En el último instante, medio segundo antes de que se produjera la colisión, el conductor frenó su vehículo, a la vez que el objeto de forma cónica que había en la proa giraba a increíble velocidad, convirtiéndose en una masa brillante, de la que brotaban ininterrumpidos destellos. La enorme broca, de más de dos metros de diámetro —no estaba desplegada en su totalidad— chirrió al atacar el duro metal del costado.

Los costados del aparato de Jan y Likkus resultaron perforados en cuestión de segundos.

Dentro del vehículo sonaron unos chillidos de espanto, que se

apagaron bien pronto cuando el colosal trépano hizo irrupción en la cabina de mandos, en cuyo interior reinaba ya una temperatura espantosa, pese a la refrigeración. Jan y Likkus trataron de escapar, pero era ya tarde.

Sus gritos quedaron cortados casi de repente cuando sus cuerpos fueron pulverizados por la enorme broca que giraba a varios miles de revoluciones por minuto. Una finísima lluvia, compuesta por infinidad de minúsculos fragmentos de carne, huesos y sangre, se esparció por todas direcciones.

La broca cesó de girar. El vehículo atacante retrocedió unos cuantos metros.

Una escotilla se abrió, a la par que unos peldaños metálicos brotaban de sus costados. Un hombre salió a través de ella y saltó al suelo; corrió hacia el vehículo destrozado portando una bandera con un asta en su mano derecha.

Trepó con agilidad al aparato destruido y ató el mástil a la antena del radar. El viento que soplaba agitó el trapo.

La bandera era de color verde, con un gran círculo dorado en su centro. En el interior de dicho círculo se leían unas letras impresas en color rojo: SUP—T.

El hombre, concluida su labor, regresó a su vehículo y se introdujo de nuevo en su vientre. Cerró la escotilla y los peldaños se replegaron.

El aparato retrocedió medio centenar de metros. La enorme broca de su proa, cuya longitud, incluido la del eje, era de casi siete metros, empezó a girar. El eje estaba articulado y el trépano se inclinó en dirección a la tierra.

Se oyó un fuerte zumbido, casi parecido a un chirrido metálico. Poco a poco, el trépano fue desplegándose como paraguas que se abriese para proteger a su dueño de la lluvia, hasta alcanzar un diámetro igual al del vehículo más el sistema de rodaje.

La broca despedía la tierra finísimamente pulverizada hacia atrás. Unos potentes chorros de aire dirigidos en sentido inverso a los de la refrigeración ayudaban a la labor de expulsar aquel polvillo impalpable. El aparato, que había alcanzado ya una inclinación de veinte grados con respecto al suelo, avanzó hacia abajo con sorprendente rapidez. Un minuto más tarde, había desaparecido por completo y sólo las ruinas del otro aparato y una

nube de polvo que se disipaba sin prisas, señalaban su paso por aquel lugar.

CAPÍTULO II

El capitán Vania Wegener se dejaba llevar, casi sin percatarse de ello, por la cinta transportadora. Retazos de las conversaciones llegaban a sus oídos de las gentes que se desplazaban por el mismo medio de locomoción que ella; pero no hacía demasiado caso de las frases que más oía que no escuchaba.

Era una muchacha alta y bien formada, robusta aunque su apariencia no dejase de tener un aire femenino en todo momento, a lo cual contribuían las ajustadas ropas de color amarillo anaranjado que moldeaban a la perfección su espléndida anatomía. En el lado izquierdo de su firme y erguido pecho ostentaba dos iniciales de plata: S. P., y en cima de las mismas, tres triángulos estrellados del mismo color, indicadores de su cargo: capitán de la Policía Subterránea o, en lenguaje vulgar, Sub—Pol.

Sus cabellos, castaño oscuro, casi negro, asomaban en rebeldes rizos por debajo del pequeño casquete con que tocaba su cabeza. Debajo de la frente, ancha y espaciosa, se veían dos ojos de color marrón claro, de mirada rápida y perspicaz, aunque en aquellos momentos se advertían velados un tanto por la preocupación que la embargaba.

Como miembro de la Sub—Pol, tenía derecho a dos semanas de vacaciones en el exterior. Faltaban ya muy pocos días para empezar su período anual de descanso cuando había recibido la intempestiva llamada del coronel Läntser.

Läntser era el jefe del Destacamento policial que cuidaba del orden en la zona que correspondía a la ciudad subterránea número veintidós. La designación oficial de dicha ciudad y su demarcación correspondiente era Sub—Urb 22. Había millares de ciudades análogas.

La gente hablaba en torno a ella.

—Los nuevos sub—jardines son preciosos...

—Las flores, en efecto, tienen unos colores maravillosos.

—Juan está fuera. Tomó el trépano colectivo para Sub—Urb Siete Mil. Su madre está gravemente enferma. Y eso que sólo tiene ciento setenta años...

—Pronto me tocará disfrutar mi periodo de salida anual. He ahorrado lo de dos años, así que ahora me corresponden veinte días fuera.

—¡Veinte días! ¡Qué maravilla! ¡Veinte días en el exterior!

—Si al menos te los pasaras en épocas de lluvia...

—Es aburrido vivir en un sitio donde nunca llueve, ni nieva, ni hace frío ni calor

Vania ladeó la cabeza en ambos sentidos.

¡Salir al exterior! ¡He ahí el deseo común de la humanidad, encerrada en las ciudades subterráneas, en las Sub—Urbes!

Ella había nacido en una Sub—Urbe, como todos. Todavía guardaba memoria el choque que había causado en su ánimo su primera salida al exterior —al menos, la primera salida que había hecho con el conocimiento suficiente para apreciar la maravilla de la vida al aire libre y recordar tal acontecimiento durante los días de su existencia.

El soplo de la brisa, el susurro de las hojas de los árboles, el graznido de un cuervo que pasó volando evasivo, el murmurar de un arroyo cercano... las gotas de lluvia de un pequeño chaparrón que había caído... todo se había grabado en la mente de la joven con caracteres indelebles. ¿Por qué la humanidad había de vivir bajo tierra?

Era necesario, no se podía alegar otra cosa. Distraída, estuvo a punto de sobrepasar su destino, la Jefatura Central de la Sub—Pol de Sub—Urb—22.

La cinta que la transportaba lo hacía a cincuenta, kilómetros hora.

Cruzó al sesgo el sistema de cintas transportadoras, pasando de una a otra de las de distintas velocidades decrecientes, hasta llegar a la ancha acera, al otro lado de la cual se hallaba su punto de destino.

El guardia que estaba en la puerta la saludó respetuosamente. Vania cruzó el umbral y se dirigió al ascensor. Dos minutos más tarde, se hallaba en el último piso, donde el jefe tenía su despacho.

En la antesala, sentado en actitud aburrida en un diván, había un hombre joven, de unos treinta y cinco años, de pelo claro y ojos azules, de buena planta, cabo de la Sub—Pol, a juzgar por sus iniciales en negro. El ayudante del coronel trabajaba en unos documentos con gran ahínco, pero se levantó en el acto apenas la vio entrar.

—Capitán Wegener —sonrió con melosidad—. El coronel la está esperando. Tenga la bondad de pasar, por favor.

—Gracias, teniente Durryat.

La muchacha penetró en el despacho. El coronel Läntser, un hombre de sesenta años, cuadrado, macizo, de mandíbula granítica, se levantó para estrechar su mano.

—¿Cómo está, capitán? —saludó brevemente—. Siéntese, por favor.

Vania obedeció en silencio, preguntándose qué podría querer Läntser de ella. Läntser hojeó unos documentos y al fin tendió a la muchacha una cartulina de cuarenta centímetros de largo, por treinta de ancho. Era una fotografía en la que los colores habían sido reproducidos con sorprendente verismo.

—Contemple eso, capitán —dijo, lacónico.

Vania tomó la fotografía. Sus ojos escrutaron con atención concentrada las imágenes del vehículo con el costado perforado por un enorme orificio de más de dos metros de diámetro, en cuya parte superior se veía ondear una extraña bandera.

—Otra vez la Sup—T., ¿eh? —repuso, con lentitud, sopesando sus palabras.

—Así es —reconoció Läntser, juntando las manos y haciendo crujir los nudillos—. Nuestros servicios de sismodetección captaron los movimientos de un trépano sospechoso, por lo que enviamos a investigar al vehículo policial más próximo. Por desgracia, sus tripulantes parece que no se mostraron muy listos y sucumbieron ante el traidor ataque de los fanáticos de la Sup—T.

—Un hecho altamente reprobable —comentó ella—. ¿Y bien, coronel?

Läntser gruñó algo entre dientes. Luego respondió:

—El movimiento de la Sup—T., es decir, de los partidarios de vivir en la superficie del globo, crece día a día. Es preciso yugularlo antes de que sea demasiado tarde y estalle una catástrofe de

proporciones inauditas.

—¿De qué manera piensa conseguirlo, coronel?

—Yendo directo hacia la cabeza de la Sup—T. y destruyendo a los cerebros que rigen la organización.

—¡Pero nadie sabe quiénes son! —arguyó ella.

—Por eso mismo la he llamado a usted. Quiero encargarle de esa misión, capitán Wegener.

Vania respingó.

—¿Yo? —exclamó, sin poderse contener.

—Así es. Usted. Se le facilitarán los medios necesarios así como un ayudante que pueda conducir un trépano y colaborar con usted en el manejo de los instrumentos pertinentes.

Vania no acababa de salir de su asombro.

—Bien pensado, se me antoja una empresa harto difícil y poco menos que irrealizable, coronel —declaró, tajante.

—Pues hay que hacerlo. Alguien tiene que descubrir a esos miserables, los que ordenaron la muerte de dos guardias que cumplían con su deber. ¿Es capaz de imaginarse usted el género de muerte que supone ser pulverizado por un trépano que gira a miles de revoluciones por minuto? ¿Quiere que le enseña fotografías del interior del vehículo?

Vania se estremeció a su pesar.

—¡No, por favor, coronel! —denegó.

—Me lo suponía —dijo Läntser secamente—. Escuche, capitán. He ideado un plan que acaso pueda dar resultados. Se le facilitará, como he dicho, un trépano provisto de todo lo necesario y un compañero para que le auxilie en sus investigaciones. Podrán ir y venir por donde lo deseen, sin limitación de tiempo ni de espacio. No obstante, yo aconsejaría que usase otras ropas que no delatasen su condición de oficial de la Policía Subterránea. Convendría mejor que simularan ser un par de amigos que tratan de pasar su licencia anual en la superficie. O, dada la diferencia de sexos, un matrimonio con el permiso de viaje de novios. Esto, acaso, les permita introducirse en las filas de la Sup—T. y llegar hasta la cabeza. Decapitada la organización, se derrumbará por sí sola.

Vania reflexionó durante unos momentos.

—Supongo que no podré negarme a la orden —objetó.

—Supone bien, capitán. Pero si triunfa, le espera una merecida

recompensa. Tal vez, aparte de un ascenso, cuatro semanas en el exterior, además de su reglamentario período anual de vacaciones externas.

—O la muerte —declaró Vania, sin pestañear.

—O la muerte, en efecto —convino Läntser—. Pero ése es un riesgo que todos los miembros de la P.S. estamos afrontando casi a cada momento que pasa.

—Supongo que no me queda otro remedio que aceptar —resumió la muchacha.

—Hasta cierto punto, capitán. Permítame decirle por qué la he elegido para esta misión. Es el único oficial femenino joven de agradable aspecto; los demás de su mismo sexo son todos maduros y están casados. Opino que enviar a una pareja a la superficie, simulando un viaje de novios, es una excelente idea. Así podrán desempeñar mejor su papel, sin levantar las sospechas de los hombres de la Sup—T.

—Es un magnífico ardid —reconoció ella—. Supongo, sin embargo, que nos entregará usted la documentación falsa correspondiente, a fin de poder utilizarla en caso necesario.

—Mi ayudante tiene todo ya dispuesto, capitán.

La muchacha se pellizcó el labio inferior. Preguntó:

—¿Quién va a simular ser mi flamante esposo?

—Está esperando ahí afuera. Es un miembro, ¿cómo no?, también perteneciente a este destacamento. Se llama Neil Loggath.

—¡Loggath! —repitió ella, asombrada. Por algo le había parecido conocida la cara del joven que esperaba en el exterior—. ¿Es... por eso que está, en Sub—Urb Veintidós?

—Era coronel del destacamento de la P.S. de Sub—Urb Ochocientos Doce. Quizá recuerde usted que se mostró un tanto negligente en la captura de unos elementos pertenecientes a la Sup—T. Esto le costó la degradación de coronel a cabo. Sólo se le pudo probar la negligencia en su actuación; de haberse probado su complicidad con esos fanáticos, la pena hubiera sido muchísimo más grave, por supuesto.

—Recuerdo el caso, en efecto —admitió la muchacha—. Entonces, ¿es porque sospecha usted del ex coronel Loggath que éste fingirá ser mi esposo?

—Muy acertado —repuso Läntser—. Si no tiene nada que ver

con la Sup—T., podrá reivindicarse, en caso de que triunfen. Y si en realidad es cómplice de ellos, le conducirá hasta su guarida.

—Para eliminarme luego.

Läntser soltó una risita.

—Querida mía —dijo, en tono confianzudo—, ¿recuerda usted una antiquísima historia protagonizada por un hombre y una mujer, que se llamaban Sansón y Dalila?

Las facciones de la muchacha se colorearon a la sola mención.

—¡Coronel! —dijo, en tono irritado.

—No se lo tome usted tan a pecho, mi querido capitán —sonrió Läntser—. El ex coronel Loggath tenía fama de ser en exceso aficionado al bello sexo, como asimismo se hablaba, con notoria envidia por parte de los hombres, como es de suponer, de sus numerosos éxitos en el campo amoroso.

—¿Y quiere que yo me convierta en una víctima de este don Juan sólo por lograr un éxito en esta misión? —preguntó ella, con el seno alborotado por la indignación.

—Sus «tests» psicotécnicos, en especial los que se refieren a la voluntad, dieron unos notables coeficientes en más, capitán. Por lo tanto, no ocurrirá nada, porque está demostrado científicamente que usted antepondrá el cumplimiento de su obligación a cualquier sentimiento personal. Como el don Juan de quien hablamos se estrellará en sus esfuerzos para conquistarla a usted, se producirá el fenómeno contrario, esto es, que él será el conquistado. El resto ya depende de usted misma, capitán, y de su privilegiada inteligencia. Un hombre enamorado hace siempre lo que desea la mujer a quien ama, ¿me comprende ahora?

—Le comprendo y me repugna, pero obedeceré —replicó ella, con aspereza.

CAPÍTULO III

E

l trépano rodaba a una moderada velocidad por la pista especial construida para tan enormes vehículos. En su proa, la broca aparecía replegada, a pesar de lo cual su diámetro alcanzaba y aun

rebasaba los dos metros. Cuando se desplegaba en su totalidad para atacar el suelo, su anchura equivalía a la del vehículo, para que éste pudiera deslizarse por el túnel a medida que la perforación progresaba.

Sentados en sus respectivos sillones, ante el enorme cuadro de mandos, Vania y Neil Loggath observaban, sin perder detalle, las imágenes que los periscopios recogían en las pantallas visoras, ya que el trépano carecía de ventanas para contemplar directamente el exterior. Sus únicas aberturas eran las escotillas de acceso al mismo.

Ya había dejado atrás la inextricable red de túneles que formaban la aglomeración ciudadana de Sub—Urb 22.

Los túseles, excavados en ocasiones a cientos de kilómetros bajo la capa externa del globo, eran de dimensiones colosales; algunos de ellos tenían un kilómetro de anchura por doscientos metros de alto. La media normal, sin embargo, venía a ser la mitad.

El subsuelo del planeta estaba literalmente perforado de aquella manera. Bajo las montañas, las llanuras, los lagos y los océanos, por todas partes había interminables túneles.

Poderosas máquinas renovaban y purificaban el aire. Dada la profundidad de aquellas gigantescas cavernas, la calefacción no era necesaria; prácticamente, la temperatura se mantenía casi constante, con muy pocos altibajos termométricos a lo largo de los años.

La iluminación tenía características diurnas. Era una luz suave, cenital, que llegaba de lo alto y que, al acercarse el periodo nocturno, se tamizaba, sumiendo las cavernas en una penumbra muy parecida a la noche que reinaba en aquellos momentos en el exterior. Por descontado, los períodos nocturnos no eran idénticos en todas las Sub—Urbes, sino que se ajustaban al horario que reinaba en la vertical exterior de cada Sub—Urb en aquel momento.

Las lámparas estaban provistas de células emisoras de rayos ultravioleta, graduadas a una potencia algo menor que la del sol, dado que bajo tierra no había capas de nubes que atenuasen los rigores de dichos rayos, puesto que la iluminación, salvo el periodo nocturno, resultaba constante. Esto permitía la existencia de grandes ríos enjardinados, con magníficos ejemplares de la flora del globo, los cuales contribuían en buena manera a la purificación de la atmósfera, por medio de la fotosíntesis: absorción de óxido de

carbono y producción de oxígeno.

Pero la gente —Vania lo sabía muy bien— ansiaba, vivir en el exterior. Los túneles habían sido un recurso acogido con entusiasmo cuando la vida en el exterior empezó a hacerse insostenible: demasiada impureza en la atmósfera y una lenta, pero insensible destrucción, no sólo de la vida vegetal, sino aun de la animal. Ahora, al cabo de casi siete siglos, aquel peligro había sido prácticamente eliminado; la atmósfera, libre por completo de humos industriales, había recuperado la transparencia originaria y tanto la flora y la fauna, pudiéndose reproducir sin trabas, ausente el continuo acoso del ser humano, habían recobrado de nuevo el aspecto y el número que tenían al final de la Era Secundaria, cuando el *homo sapiens* hizo su primera aparición sobre el planeta.

Resultaban comprensibles los anhelos de la gente... pero era un oficial de la Sub—Pol y había prestado un juramento al ponerse el uniforme. Debía cumplirlo.

Miró furtivamente a su compañero. Loggath conducía el trépano con aparente facilidad, canturreando entre dientes una vieja cancioncilla, cuyas notas le sonaban, pero que no acababa de identificar del todo. Recordaba muy bien la indiferencia con que Neil Loggath había recibido sus órdenes... y también la leve sonrisa —¿burla? ¿sarcasmo? ¿acaso superioridad?— que había aparecido en sus labios al terminar de compartir sus instrucciones.

Ambos habían trocado sus ropas habituales por otras «civiles». Loggath vestía una camisa y unos pantalones ajustados de color café con leche. Ella, por su parte, cubría su espléndida escultura con una especie de pulóver sin mangas, de tono azul claro y una faldita blanca que le llegaba a diez centímetros por encima de las rodillas. Cada uno de los dos tenía un cinturón, con una especie de cartuchera plana, en la que estaban contenidos sus nuevos documentos, entre los cuales se incluía un permiso de dos semanas en el exterior para disfrutar de una luna de miel, como solía hacerse con los recién casados.

En la documentación de Loggath figuraba era ingeniero ayudante en la Central Atmósfera 22, gracias a lo cual, había podido usar el trépano sin despertar sospechas; en su calidad de tal supuesto ingeniero, tenía derecho a un vehículo semejante. Ella constaba como observadora de primera de la Central Sismológica

del mismo número. Ambas Centrales pertenecían al sistema de servicios de Sub—Urb 22.

Alcanzaron el final de la perforación a quince mil metros de las últimas casas de la ciudad. El túnel estaba dispuesto para ir absorbiendo el aumento de población correspondiente, pero por el momento, no se había realizado en él ninguna obra de construcción. Sólo las bandas transportadoras, que no funcionaban, debido a la ausencia del personal, y las pistas de rodaje de los trépanos estaban construidas.

Había numerosos orificios en la pared del túnel. Dichos orificios, redondos, de un diámetro que oscilaba entre los seis y ocho metros, aparecían cegados por una espesísima capa de polvo a unos quince o veinte metros de la entrada. Representaban otros tantos lugares por donde habían penetrado sendos trépanos en viajes a través de la corteza terrestre.

Había ascensores que conducían a la superficie, pero sólo eran usados por la masa, que tenía prohibido el empleo de los trépanos, salvo en contados casos en que usaban vehículos colectivos para relativamente cortas distancias, que no podían ser unidas por cintas transportadoras. Los servicios oficiales utilizaban casi siempre el vehículo perforador.

Loggath detuvo el aparato a un metro de la pared.

—¿Puedo atacar? —preguntó.

—Claro.

El muchacho preguntó:

—¿Qué rumbo seguimos?

—Cincuenta norte. Treinta grados positivos —respondió ella.

Loggath realizó los ajustes necesarios. Una vez hubiera perforado la capa rocosa, el trépano, mediante el piloto automático, tomaría por sí mismo el rumbo y la inclinación marcados.

Conectó los instrumentos de perforación. Un poderosísimo haz de rayos láser —el fabuloso invento de la segunda mitad del siglo XX, la luz amplificadora y dirigida a través de cristales de rubí, pero con una potencia enorme— partió de distintos puntos de la proa del vehículo, convergiendo en un punto situado con precisión frente al vértice de la broca.

Al mismo tiempo, Loggath creaba un campo térmico a bajísimas temperaturas. La tierra y las rocas se congelaban, vitrificándose

prácticamente, con lo que su pulverización resultaba en alto grado facilitada, pese a lo cual, era preciso lanzar continuos chorros de aire para facilitar la refrigeración de la perforadora.

La broca se desplegó mientras giraba. Loggath dio marcha adelante con los sistemas propulsores rodantes situados en posición mínima. El vértice del trépano mordió la roca.

Una espesísima nube de polvo les ocultó la visión en el acto.

—Recoja periscopios —ordenó ella—. Ya no nos sirven para nada.

Loggath alargó una mano y los periscopios desaparecieron en el interior del cilindro, en el cual se notaba una levísima trepidación, como consecuencia del velocísimo funcionamiento de la perforadora.

Aumentó la velocidad de marcha, a medida que el trépano abría espacio en el seno de las rocas. Detrás de ellos, un huracán de polvo retrocedía velozmente, arrastrado tanto por las corrientes de aire aspirado como por el efecto de hélice de la propia broca.

A los veinte metros, habían alcanzado ya los diez kilómetros horarios. Entonces, el piloto automático entró en acción y orientó el vehículo, a la vez que el brazo flexible de la perforadora giraba lentamente hacia arriba sobre su articulación, a fin de alcanzar el grado de inclinación programado.

El suelo del vehículo se inclinó lento pero seguro. A poco, había llegado a los treinta grados.

—¿A qué distancia estamos de la superficie? —preguntó ella.

—Ciento setenta kilómetros, en cifras redondas.

Vania tomó un bloque de papel y un lápiz y realizó unos rápidos cálculos.

—A treinta prados —dijo al cabo de unos momentos—, hay trescientos sesenta kilómetros de camino. ¿Cuál estima usted es la velocidad media a que podemos avanzar sin temor a averías inoportunas?

—Entre sesenta y setenta kilómetros, contando la inclinación. En horizontal, podríamos alcanzar sin esfuerzo los noventa y, en caso preciso, superar los cien.

—Mantenga el trépano a cincuenta y cinco a la hora. Esto supondrá siete horas, poco más o menos, antes de que salgamos a la superficie. Si no he despertado para entonces, haga el favor de

avisarme.

—Bien, capitán.

—Llámeme Vania y de tú —dijo ella, de repente—. Conviene que no olvidemos ni por un momento el papel que hemos de representar.

—Bien, Vania.

La joven le dirigió una rápida mirada. «Está enojado y amargado por su degradación. Pero, entonces, ¿por qué no pidió la baja del Cuerpo? Eso significa que es amigo o, por lo menos, simpatizante de los Sup—T.»

Se levantó, después de esa rápida reflexión y caminó hacia su alojamiento, con alguna dificultad a causa de la inclinación del piso. Pese a la incomodidad que ello suponía, se tendió en la litera y, al poco rato, dormía con apacible sueño.

Lanzado como un proyectil de nueva especie, el trépano se adentró veloz en la capa terrestre.

* * *

Vania Wegener despertó sobresaltada, acometida por una extraña aprensión.

Alargó la mano y dio la luz de su pequeña camareta. Cada trépano contenía dos habitaciones similares y estaba equipado para una larga supervivencia en estado independiente, tanto de víveres y agua como de aire. La pequeña central nuclear instalada en su popa y separada convenientemente por un espeso blindaje del resto del vehículo, proporcionaba la energía suficiente para la perforación, propulsión y servicios auxiliares. Había luz y respiraba con normalidad, pero la leve vibración indicadora de que la broca estaba en funcionamiento había cesado.

Saltó de la litera y corrió hacia la cabina de mandos. Por instinto notó un ligero aumento de la temperatura, pero, preocupada por la detención, no prestó demasiada atención al detalle.

Loggath estaba consultando los instrumentos.

Dijo:

—Hemos atravesado una corriente de vapor de agua a ciento setenta centígrados, que se ha condensado de repente, en cuanto la broca perforó la roca. En estos momentos estamos envueltos por completo en agua hirviente.

—Eso no tiene importancia —declaró ella—. Muchas veces...

—Por favor —la atajó Loggath—. ¿Tienes la bondad de arrojar un vistazo a la gráfica del sismodetector?

La muchacha miró al indicador correspondiente. La aguja marcadora había trazado una línea de ondulaciones, todas ellas iguales, en color negro. De pronto, el tono negro había ido adquiriendo una coloración distinta; ahora adquiría un tono rojo muy oscuro, aunque con una innegable tendencia a aclarar.

Vania palideció; de sobras sabía lo que significaba aquel color.

—Estamos cerca de alguna corriente de lava en fusión —dijo.

—Ni más ni menos —respondió él—. Y es por eso que estoy lanzando sondas sismodetectoras a fin de hallar una nueva ruta libre de peligros.

Vania conocía el riesgo. Más de un trépano se había metido de lleno en el seno de la chimenea activa de un volcán, abrasándose al instante sus pasajeros. El trépano podía resistir la elevada temperatura del agua en ebullición, pero una corriente de piedra fundida era algo más que lo que podía soportar. El metal resistía, hasta cierto punto; sin embargo, ni el campo antitérmico congelante era bastante para evitar una catástrofe en el interior del vehículo.

Vania se sentó en su sillón y conectó unos cuantos instrumentos.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Trato de conectar el sismófono, a fin de pedir informes sobre esta zona rocosa —dijo.

—Será mejor que utilicemos el sismófono lo menos posible —objetó Loggath—. «Ellos» —recalcó la palabra— también disponen de sismófonos. No conviene que capten ninguna conversación nuestra con la central.

Vania reconoció la justeza de la observación.

—Lo siento —dijo—. He estado a punto de cometer un error. —Sin poderlo remediar añadió, incisivamente—: Claro que soy sólo un simple capitán, en tanto que tú habías llegado ya a coronel.

Si esperaba que él se ofendiera, fracasó. En tono muy natural, Loggath respondió:

—He hallado una nueva ruta, libre por ahora de riesgos. Tendremos que avanzar a sólo cuarenta kilómetros por hora, con rumbo treinta norte y treinta y dos inclinación positiva. ¿Tienes algún inconveniente en que siga esta dirección?

—Ninguno —replicó ella, con dura entonación. ¿Por qué le

sentaba tan mal la sosegada indiferencia de su «marido»?

CAPÍTULO IV

E

l trépano rompió la última capa de tierra y salió a la superficie.

Una vez nivelado el vehículo, Loggath detuvo la propulsión.

—Vamos a asomarnos fuera, a ver cómo está el tiempo.

—De acuerdo.

El joven retrocedió unos pasos y, presionando un botón en la pared, hizo surgir del suelo una escalerilla vertical, que llegaba hasta el techo de la cámara. Trepó cuatro o cinco escalones y soltó el pestillo de la tapa de la escotilla, que se abrió por sí sola inmediatamente. Terminó de subir y se sentó en el techo, por la parte externa, respirando a pleno pulmón. Era de noche y llovía.

Algunas gotas de agua cayeron dentro del vehículo. No obstante, en el exterior reinaba una temperatura agradabilísima.

—Está lloviendo —informó—. ¿Quieres salir?

—Para una persona habituada a vivir en el interior del globo, la lluvia es algo que se acoge con alegría —contestó ella, sonriente. Trepó por la escalerilla y se sentó frente a él, dejando que el agua le mojase la cara.

—Sobre todo, cuando allá abajo sólo se puede disponer de diez litros de agua para las abluciones cotidianas.

Ella le miró en la húmeda oscuridad.

—Al parecer, no te gusta demasiado vivir en las Sub—Urbes —dijo.

—¿Hay alguien a quien le guste? Se soporta, eso es todo, pero si permitieran la salida, las cavernas se quedarían desiertas en pocas semanas.

Vania se quedó muy pensativa.

—¿Lo dices en serio, Neil?

—Tengo motivos para saberlo. No olvides que era coronel de la P.S.

—Aún no sé con exactitud qué te pasó —dijo ella, con intención calculada—. ¿Es cierto que ayudaste a escapar a unos fanáticos de

la Sup—T.?

—Si no te importa, preferiría no hablar del tema. Me gustaría más discutir lo que hemos de hacer mañana... hoy —rectificó, después de consultar el reloj y notar que eran ya las dos de la madrugada.

—Me gustaría esperar a ver el terreno —contestó Vania—. ¿Te importa?

—En absoluto. Tú eres el jefe y mandas.

Vania estuvo a punto de decirle algo cáustico, pero supo contenerse. «No le irrites; al contrario, tienes que ganártelo.»

—Puedes irte a dormir —concedió—. Yo quedaré vigilando.

—Gracias. Aprovecharé la ocasión —respondió él, iniciando el descenso. Cuando ya tenía todo el cuerpo dentro, levantó la cabeza —. Sería mejor que te pusieras un impermeable y que cubrieses la escotilla con una lona para que no entre el agua.

—Así lo haré —prometió Vania.

Loggath se tendió a dormir. Cuando despertó, era día claro.

La voz de Vania, que intentaba torpemente repetir la canción que él había cantado la tarde anterior, llegó hasta sus oídos. Sonrió mientras se levantaba y aseaba rápido. Percibió con satisfacción el aroma de los huevos fritos con jamón y también el del café. Salió hacia el pequeño saloncito de dos metros en cuadro de que disponía el trépano.

—¡Humm...! —aspiró el aire con fuerza—. ¡Eres una magnífica cocinera! ¡Este desayuno huele que es una delicia! ¡Y qué aspecto tan apetitoso tiene! ¿Cómo te las has arreglado para prepararlo tan bien?

Ella le enseñó con sorna unos paquetes que había sobre una alacena próxima.

—Huevos con jamón desecados —contestó—. Café instantáneo. Añádase agua y caliéntese. Conservan el sabor original. Así dicen las etiquetas de las latas, pero lo que se callan es que tanto los alimentos como su sabor y ojos son imitados, no originales.

—Ventajas de vivir bajo tierra —repuso él, sentándose a la mesa —. Si se viviera en la superficie, sí serían unos auténticos huevos con jamón. Claro que entonces sería preciso criar las gallinas, los cerdos... Una serie de inconvenientes que no compensarían, desde luego.

Ella se sentó enfrente.

—Hablas como si odiases los alimentos reproductivos y olvidas que son siglos de trabajos para llegar a este resultado —contestó en tono reprobador.

—Oh, pero si no me quejo, querida. Me limito a exponer los pros y los contras. Como sea, repito que eres una magnífica cocinera. Ni aun disponiendo de los materiales legítimos hubieras conseguido un resultado tan satisfactorio.

Vania dejó el tenedor sobre la mesa, con gesto brusco.

—Vamos a ver, Neil Loggath. ¿Con quién estás? ¿Con la Sub—Pol o con esos locos de la Sup—T.?

Él la miró sin pestañear.

—Mi corazón está con ésos a quienes tú llamas locos, pero mi deber me hace seguir al lado de quienes conservan el orden establecido —respondió en tono que no admitía lugar a dudas.

—Extraña forma de pensar —comentó Vania.

—Cada cerebro humano es un mundo distinto —expresó Neil con aire de sentencia—. ¿Qué harías tú si te ofrecieran vivir en permanencia en el exterior?

Vania titubeó.

—No sabes responder —agregó él—, porque es un problema que no te has planteado nunca antes de ahora. Has nacido, crecido y te has educado en el interior de la tierra y tu subconsciente está acondicionado a la educación recibida desde el mismo momento de nacer. Pero hay otros que han sabido romper sus inhibiciones y ataduras mentales…

—Y se han organizado en una asociación ilegal y criminal llamada pomposamente «Amigos de la Superficie de la Tierra», Sup—T. en abreviatura —contestó ella con vehemencia—. ¿No es cierto?

—Por supuesto —respondió Neil sin vacilar—. Pero como todas las asociaciones que nacen en la clandestinidad, con el fin bueno y justo en su constitución; luego, la Sup—T. ha acogido en sus filas a elementos dudosos, amigos de sí mismos más que de la sociedad, y sus auténticos objetivos y partidarios de la violencia y del terror, que son los que le han conferido la pésima fama de que goza en la actualidad… en los medios gubernamentales, claro.

—Y también entre los ciudadanos honrados —alegó ella con

viveza.

—No entre todos, por favor; conviene no generalizar. La Sup—T., y ésta es la desdicha, tiene más partidarios que lo que sería prudente.

—Entre ellos, un ex coronel llamado Neil Loggath.

El rostro del joven se crispó de repente.

—Ya te he dicho cuál es mi modo de pensar al respecto. —Se limpió los labios—. El desayuno estaba riquísimo. Lástima que las leyes prohíban el tabaco.

—¿Has fumado alguna vez? —preguntó Vania, llena de curiosidad.

—Sí. Algunas. Debo decir que no me gustó del todo, aunque comprendo que hubiese una época en que los hombres deliraban por aspirar el humo de esa planta. Pero ven, quiero enseñarte una cosa.

Treparon por la escalerilla y asomaron al exterior; luego permanecieron sentados en el borde de la escotilla durante cierto tiempo.

Neil tendió la mano e hizo un amplio ademán abarcando el panorama.

—Mira esto y dime si en el fondo, los fines de la Sup—T. no están justificados con harta razón.

Lucía un sol radiante en el cielo y hacía una temperatura sumamente agradable. Algunas nubes blancas, resplandecientes, con turgentes hinchazones semejantes a pechos de mujer joven, se deslizaban majestuosas por el cielo de un azul purísimo. El contraste entre ambas tonalidades aumentaba más la belleza de la visión.

A lo lejos, una cadena de montañas limitaba el horizonte. Más próximo, un lago de aguas plateadas semejaba un espejo en el cual se reflejaban los contornos. Un arroyo de murmurantes aguas corría no lejos de allí, entre dos hileras de frondosos chopos. El suelo estaba cubierto de una espesa capa de hierba, entre la que brillaban flores silvestres de vivos colores. Una suave brisa transportaba el aroma de las flores, que embalsamaban el aire haciéndolo aún más agradable.

Vania inspiró varias veces lenta y profundamente llenándose los pulmones de aquel aire puro y limpio, tan distinto del aséptico que

se respiraba a ciento setenta kilómetros bajo la superficie. Neil la observó a hurtadillas, sintiéndose complacido, en lo más íntimo, de la expresión de agrado, casi de arrobo, que aparecía en el hermoso rostro de la muchacha.

—¿Qué me dices ahora? —preguntó él, al cabo de unos momentos.

—Por lo que veo, tienes razón —contestó ella sin mirarle—. No olvides, sin embargo, que las leyes se han hecho para ser cumplidas y que la ley que ordenó la construcción de los primeros túneles tenía un objetivo de supervivencia del género humano.

—Las circunstancias que motivaron la promulgación de tal ley han desaparecido ya —alegó Loggath.

—No es a nosotros a quienes corresponde juzgar sobre dicho asunto —manifestó Vania, endureciendo un tanto el tono—. Nuestra misión consiste en hacer cumplir la ley, quebrantada reiteradas veces por esos hombres que tanta simpatía te inspiran.

—No son ellos los que me inspiran simpatía, sino sus fines y, más todavía, la manera de lograrlos sin violencia, sin daño en personas y bienes.

Vania meneó la cabeza.

—Creo que en ese sentido continuaremos discrepando durante bastante tiempo, si no toda la vida, Neil —dijo—. Bien, aunque de hecho el jefe de la patrulla soy yo, creo que me está permitido pedirte consejo. Es lo usual en estos casos. ¿Qué me sugieres como acción inmediata?

Loggath vaciló un momento. Iba a contestar a la pregunta de la muchacha cuando, de repente, oyó un grito a no mucha distancia.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! ¡Una fiera me ataca!

La muchacha se volvió con rapidez hacia el lugar de donde salían los gritos. A veinticinco metros de distancia, se erguía un espeso grupo de arbustos, cuyas ramas se agitaban con cierta violencia.

La voz sonó de nuevo con trémolos de terror.

—¡Socorro! ¡Por el amor de Dios, la fiera me va a matar!

Impulsada por su sentimiento, la joven se dejó caer al interior del trépano a la vez que exclamaba con vehemencia:

—¡Neil, las pistolas desintegrantes, pronto!

La acción del joven fue más bien desconcertante.

Se dejó resbalar por la escalerilla, pero antes de llegar al suelo presionó el botón de cierre y la tapa de la escotilla cayó con seco chasquido.

Venia se volvió con violencia, asombrada por su gesto.

—¿Qué haces, Neil? ¡Hay una persona que está necesitando nuestra ayuda! ¿Por qué has cerrado?

—No me gustan las trampas —gruñó él, dirigiéndose decidido hacia la cabina de mando.

CAPÍTULO V

La sorprendida Vania le siguió, todavía aturdida, sin acabar de comprender las intenciones del joven. Loggath se había sentado ante el puesto del conductor y giró la llave de contacto, al mismo tiempo que ponía en funcionamiento los visores periscópicos. Ella se sentó a su lado.

—¿Has dicho una trampa? —preguntó.

—¿Desde cuándo una persona es acometida por una fiera sin que el animal lance unos rugidos fenomenales?

Vania se quedó parada. Las manifestaciones del joven eran ciertas a todas luces.

En aquel instante, se iluminaron las pantallas visoras. Con nítidos colores, exacta imagen de la realidad, contemplaron los alrededores del trépano. Loggath hizo girar los periscopios hasta que captó el grupo de arbustos de donde habían partido los gritos.

Una cabeza humana salió de entre las ramas. El sujeto, un hombre joven, de expresión dura y recelosa, movió la boca. Era evidente que hablaba con alguien a quien ellos no podían ver pero que, evidentemente, estaba en sus inmediaciones.

El hombre desapareció de pronto. En el acto, Loggath se sujetó a la silla.

—Ponte el cinturón de seguridad —ordenó.

Ella obedeció como un autómata, sin acordarse en aquellos instantes de su grado superior. Apenas se hubo atado, Loggath hizo arrancar al vehículo a buena velocidad, a la vez que accionaba los

mandos de dirección con objeto de hacerle describir una curva de ciento ochenta grados.

Al terminar el viraje, se lanzó hacia los matorrales al mismo tiempo que conectaba el embrague para poner la broca en funcionamiento, aunque hizo que la perforadora girase a un mínimo de revoluciones y al menor diámetro posible. Ello fue suficiente para hacer desaparecer los arbustos por simple rotación, sin necesidad de usar los rayos de «láser» ni el campo térmico negativo.

Atravesaron el trozo de bosque y salieron a terreno descubierto. Delante de ellos, a unos doscientos metros de distancia, divisaron a dos hombres que corrían a toda la velocidad que les era posible, hacia un amontonamiento de rocas, rodeadas en buena parte de vegetación, situadas a casi un kilómetro de distancia.

Los individuos volvían la cabeza de cuando en cuando viendo que, sin escapatoria posible, acabarían siendo alcanzados por el vehículo. Aunque corrían por un terreno casi llano, con ligera pendiente hacia abajo, era evidente que no podían competir con un móvil que, incluso mientras perforaba las más duras capas de tierra, podía avanzar a cien kilómetros por hora.

Alcanzar a los sujetos fue cosa del todo sencilla. No obstante, Loggath se dio cuenta de que, a menos que los aplastase con la enorme mole del trépano, le iban a ser muy difícil capturarlos. Ambos tenían en las manos sendas pistolas desintegrantes y estaban dispuestos a cualquier cosa antes de permitir su captura.

Pero había un medio infalible para apresarlos.

Ordenó:

—Vania, conecta el campo térmico a sesenta negativos. Dispara ondas de frío con intervalos de dos segundos.

La muchacha obedeció en el acto. Sus manos volaron rápidas por los controles del tablero que tenía frente a sí.

Entonces ocurrió una cosa sumamente extraña. Las plantas se congelaron y una capa blanquísima apareció en los lugares afectados por la súbita temperatura de sesenta grados bajo cero que habían desencadenado desde el trépano.

Los fugitivos se detuvieron. Uno de ellos corrió aún varios pasos, pero acabó por caer al suelo. Su compañero se había derrumbado apenas sintió los efectos de la descarga de frío intensísimo; era un choque brutal el que sufría el organismo, al pasar de veinte o

veintidós grados positivos a los sesenta negativos. Un repentino cambio de ochenta grados no se podía resistir impunemente.

—Bueno —exclamó él, satisfecho—. Los cazadores se han convertido en cazados. —Soltó su cinturón y se puso en pie—. Quédate aquí; voy a traerlos. Cuando recobren el conocimiento, tendrán sin duda muchas cosas que decirnos.

Ella se volvió para mirarle de hito en hito.

—Neil, ¿qué hubiera pasado si, en lugar de una fiera cuyos rugidos no escuchamos, se hubiese tratado de una boa constrictor, pongo por ejemplo?

—Dada la latitud en que nos hallamos —sonrió él—, podemos aspirar a encontrar pumas, gatos monteses y otros felinos semejantes; incluso un león y hasta un tigre; pero estamos a demasiada distancia de la zona tropical para pensar en tales ofidios.

—Hay que reconocer que razonas con mayor velocidad que una computadora electrónica —elogió ella.

—Es que todavía soy un hombre y no una máquina.

—Y, como varón que eres, se te distingue sin esfuerzo por la autoridad que usas para dar órdenes, incluso a los que son tus superiores.

Loggath captó la intención del cáustico comentario.

—¿Quieres salir tú? —invitó—. ¿Se te ocurre alguna cosa mejor para proseguir nuestras pesquisas?

Ella sacudió la cabeza.

—No, puedes hacerlo tú —contestó despechada.

—Gracias, mi capitán —saludó él con cierto retintín irónico.

Loggath se dirigió al almacén de vestuario del trépano, en donde tenían también las armas, y eligió una pistola desintegrante, cuya carga comprobó por precaución. Colgó el arma de su cinturón y luego trepó por la escala de gato y salió al exterior.

Vania hizo aparecer en el casco los peldaños que permitían un cómodo descenso hasta el suelo. Pasados los efectos de las descargas térmicas, el hielo se licuaba con gran rapidez.

Se acercó a los dos caídos. Cuando estaba a cuatro o cinco pasos de distancia, oyó un ruido que le heló la sangre en las venas.

¡Surgiendo del otro lado de las rocas, un vehículo análogo al suyo, con el trépano girando al máximo de revoluciones y con un diámetro de cinco metros, cargaba sobre ellos a unos cien

kilómetros por hora!

El joven estrujó el cerebro para analizar la situación. Estaba a veinticinco o treinta metros de su trépano, ya que éste, una vez detenidos los fugitivos por el frío, les había rebasado un tanto antes do detenerse. Por mucho que quisiera esforzarse en correr, el trépano atacante les alcanzaría cuando él estuviera usando aún los peldaños de la escalera externa.

Sólo podía hacer una cosa: tratar de vencer a sus enemigos por medio de la astucia... siempre que Vania no perdiese la cabeza y actuara con la debida serenidad. Pero los agentes de la Sub—Pol no solían ser escogidos entre personas que con facilidad pudieran perder la cabeza.

Poniéndose las manos a ambos lados de la boca, a modo de bocina, gritó:

—¡Escapa, Vania! ¡Yo te ayudaré desde afuera!

Confió en que la muchacha le hubiera escuchado. Al terminar su advertencia sacó la pistola.

Vania arrancó segundos después. El trépano atacante se hallaba ya a menos de cien metros de distancia.

Loggath retrocedió unos cuantos pasos, hasta situarse al abrigo de unos arbustos. Desde su escondite vio al vehículo atacante lanzarse al encuentro del que pilotaba Vania. Recordando la horrible muerte que habían padecido días atrás dos de sus compañeros, no pudo por menos de estremecerse hasta la médula.

Vania consiguió esquivar la primera embestida. El trépano atacante pasó a escasos centímetros del suyo. Arrastrado por el impulso, rodó un par de cientos de metros, antes de refrenar la marcha lo suficiente para poder virar en redondo y lanzar un segundo ataque.

Loggath observó que Vania ponía en funcionamiento también su broca. Movió la cabeza, sintiéndose complacido. «Es una chica valiente, no hay la menor duda», se dijo.

Levantó la pistola y apuntó con cuidado. Un disparo del arma podía desintegrar a un hombre o abrir un buen boquete en la pared de una casa; pero los costados de un trépano estaban construidos con toda solidez y se hubiera necesitado un proyectil cien veces más potente para perforarlos... o una broca girando al máximo. Sin embargo, el trépano tenía ciertos puntos débiles que él conocía muy

bien.

Presionó el disparador. El proyectil estalló en el sistema delantero derecho de tracción haciendo saltar la oruga.

El trépano se ladeó un tanto, a la vez que giraba en sentido contrario. Las ruedas que hacían deslizarse a la cadena metálica saltaron y crujieron con estruendo. El vehículo rodó todavía unos cuantos metros antes de detenerse casi en seco.

En el mismo momento, el trépano que pilotaba Vania caía sobre el atacante, cuyo flanco derecho había quedado al descubierto. El «láser» inició la separación molecular; el campo térmico negativo cristalizó las capas externas del blindaje y la broca mordió las planchas, ya debilitadas, con suma facilidad.

Los costados resultaron perforados limpiamente. Se produjo un orificio de tres metros de diámetro, mientras el metal pulverizado volaba por los aires como lluvia de plata. Vania mantuvo el movimiento de rotación de la perforadora hasta alcanzar la profundidad máxima. Después dio marcha atrás y permaneció a la expectativa. Loggath se incorporó y salió de su escondite.

Esperó unos momentos a que se disipase el frío causado por la creación del campo térmico. Ello dio lugar a que Vania, asimismo armada con una pistola análoga a la suya, se asomase por la escotilla.

—¿Hay supervivientes? —preguntó.

—Voy a comprobarlo —contestó él, acercándose al trépano inmóvil.

Se asomó por el orificio. La cabina de mandos estaba arrasada en su totalidad. Por algunos puntos, se veían esparcidas numerosas gotitas de algo rojo y viscoso. No cabía la menor duda que los tripulantes del aparato habían parecido en el mismo instante del ataque.

Era una muerte horrible, pensó separándose con asco.

Movió la mano.

—Han perecido —dijo.

Vania se dejó caer por la escalera externa y corrió hacia él.

—Tuviste una magnífica idea al disparar contra el sistema de tracción —alabó.

—Tampoco tú te has portado mal —repuso él—. Bueno, vamos a ver…

Se interrumpió de pronto. Uno de los individuos que les habían tendido el lazo había sido aplastado por las orugas del trépano atacante, que lo habían convertido en una pasta sanguinolenta, que enrojecía la hierba y causaba náuseas sólo con mirarlo. El otro continuaba inmóvil a cuatro o cinco pasos de distancia, ileso al parecer.

Loggath se acercó al sujeto y se arrodilló, con ánimo de tomarlo en brazos y llevarlo al interior del trépano, en donde pensaba reanimarlo. De pronto se dio cuenta de que la inmovilidad del sujeto resultaba absoluta.

Puso una mano sobre su pecho. Luego miró a la muchacha con gesto de decepción.

—Está muerto —anunció en tono lúgubre.

—¡Qué! —respingó Vania—. ¿Cómo es posible...?

—A veces, un súbito y brutal descenso de la temperatura en el organismo humano produce un colapso cardíaco. Quizá el corazón de este pájaro no era tan fuerte como parecía.

Se puso en pie limpiándose las manos contra los costados de su pantalón.

—En fin —dijo resignado—, qué se le va a hacer...

Vania le interrumpió con tono enérgico.

—Se supone que tú eres un policía, ¿no es cierto?

—Sí, claro —contestó Loggath desconcertado—. ¿Por qué lo dices?

—Por la sencilla razón de que has olvidado uno de los deberes más elementales en todo policía cuando se encuentra un cadáver y más aún si ese cadáver pertenece a un enemigo.

Loggath se mordió los labios.

—A veces soy un estúpido —rezongó arrodillándose de nuevo junto al caído.

Entre los objetos de uso personal no halló ninguno que llamase en especial su atención. En cambio, en el bolsillo superior de su blusa, encontró un trozo de papel cuya lectura le hizo fruncir el ceño.

—Fíjate, Vania —dijo, pasándole el papel.

La muchacha leyó por encima de su hombro. Había una serie de letras y números escritos sobre el trozo de papel, media cuartilla, cuya parte inferior derecha había desaparecido rasgada al parecer

violentamente como si alguien hubiese querido arrebatarla de las manos de quien la tenía en aquellos momentos. El contenido era el siguiente:

Cav. Rect.ª en 22° 15' N. 23° 30' E.

85 S. 22° Neg. 70. k.

Cor...

Loggath levantó los ojos y miró a Vania. El muchacho estaba preocupado.

—¿Entiendes lo que significan estas letras y cifras? —preguntó.

—Salvo «Cav. Rectª» y «Cor...», que es una palabra o una frase escrita en el pico que ha sido arrancado, lo demás se entiende fácilmente —replicó ella—. Se señala una longitud y una latitud geográficas, que marcan un punto determinado de la superficie del planeta, una vez llegado al cual, hay que tomar, perforando, un rumbo de ochenta y cinco grados Sur, con veintidós de inclinación en el descenso a través de la capa terrestre. A los setenta kilómetros de profundidad, hallaremos...

—Hallaremos el lugar donde se reúnen los jefes de la Sup—T. —exclamó él con acento lleno de convencimiento.

—¿Tú crees? —preguntó ella esperanzada.

Loggath dobló el papel y lo guardó en el bolsillo de su camisa.

—Podremos confirmar mis palabras dirigiéndonos hacia allí sin tardanza de tiempo.

Volvieron al vehículo. Vania lo condujo mientras él procuraba hallar las coordenadas geográficas a fin de tomar el rumbo exacto. Minutos más tarde, decía:

—Ese lugar está a mil cuatrocientos veinticinco kilómetros del punto en que nos hallamos en estos momentos.

CAPÍTULO VI

A las veinticuatro horas desde el encuentro con los hombres de la Sup—T., Loggath detuvo el trépano.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Vania extrañada de la inesperada detención.

Loggath le señaló la pantalla visora. A cincuenta metros de distancia se divisaba un río cuyas aguas corrían mansamente entre dos orillas cubiertas de césped y sombreadas por numerosos árboles que proporcionaban una grata sombra al lugar.

—Como, en cierto modo, no tenemos gran prisa —respondió—, he decidido hacer un alto para... —La miró de reojo—. Vania, dime, ¿cuanto tiempo hace que no tomas un baño sin tener que preocuparte de la cantidad de líquido que debes gastar?

Ella se sonrojó ante la alusión.

—Desde mi último permiso de superficie, hace ya más de un año —contestó.

—Entonces, aprovecha la ocasión. Supongo que entre las ropas de tu equipaje habrá un traje de baño, ¿no es cierto?

—Desde luego.

Loggath dijo:

—Entonces, póntelo y olvida por un momento tus preocupaciones. Te espero ahí afuera.

—Conforme.

Minutos más tarde, Loggath, con un slip como única prenda, esperaba al pie de la escalerilla. Vania apareció poco después, equipada con un traje de baño rojo, que se amoldaba hasta con coquetería a las rotundas líneas de su cuerpo, de firme y sólida esbeltez.

Loggath la contempló con ojo conocedor, pero hubo algo que le disgustó, porque meneó la cabeza con signos de desaprobación.

—¿No tomabas abajo sesiones de lámpara de cuarzo? —preguntó—. Tienes la piel y no te ofendas por ellos como el vientre de un pez muerto.

Ella se sonrojó con tanta intensidad, que hubo de contestar:

—Si me dices cosas así, parecerá el caparazón de una langosta. No tenía mucho tiempo para broncearme, ésta es la verdad.

—Bueno, ya lo encontraremos —sonrió él—. De todas formas, si quieres que te diga la verdad, has de saber que he visto pocas mujeres tan bien conformadas como tú.

Vania se picó un tanto.

—Viniendo de ti esas palabras resultan un elogio supremo —contestó—. ¿Cuántas cabelleras femeninas has colgado de tu cinturón?

—He perdido el cinturón de cuero donde las anotaba por medio de sendas muescas —sonrió él.

—Eso me llena de alegría. Así no te apuntarás la mía.

—¿Quién sabe? A lo mejor, un día de éstos acabas cayendo tendida en mis brazos y suspirando por ser amada por el hombre más gallardo de la creación.

—Tu modestia es ejemplar —contestó Vania en tono satírico—, pero desde ahora te anticipo que no podrás ejercer en mí tus dotes de persuasión amorosa.

—Cuando la fruta está madura, no es necesario cogerla; ella sola cae de la rama —respondió él casi jactancioso—. Y después de este breve torneo dialéctico, será mejor que aprovechemos el tiempo bañándonos a gusto.

Media hora más tarde, Vania estiró la mano y se agarró a unas cañas que crecían en la orilla. Los cabellos mojados se pegaban a sus sienes y sus ojos despedían un brillo singular, debido a la íntima satisfacción que sentía.

—Es algo maravilloso —exclamó.

Loggath se le acercó nadando y se detuvo a su lado.

—¿No te gustaría poder vivir aquí, en una casita rodeada de flores, con una pequeña granja, viendo llover y nevar en el invierno, disfrutando del creciente verdor en la primavera y del calor en el verano…?

—Vade retro, Satán —dijo ella riendo—. No me tientes con algo que sabes no es posible.

Loggath meneó la cabeza.

—Sí, es posible —dijo en tono pesimista—. Pero, está tan lejos el tiempo de que eso pueda llegar para toda la humanidad…

—Empiezo a darme cuenta de que tal vez las acusaciones que te imputaron no eran tan infundadas como quieres hacerme creer —manifestó ella severamente.

—Ya te dije dónde está mi corazón —respondió él—. Pero lo mejor será que abandonemos un tema tan poco grato para la discusión. ¿Salimos o prefieres continuar?

—No, ya está bien —contestó Vania.

Loggath fue el primero en salir. Se inclinó y tomó la mano de ella para ayudarla. Vania, a pesar de su esbeltez, no era una pluma ni mucho menos, pero se sintió como tal cuando el fuerte brazo de

Loggath tiró hacia arriba. El contacto con la mano varonil la turbó más que lo que ella misma hubiera deseado confesarse.

Recogió la toalla y empezó a secarse un poco. De pronto se dio cuenta de que Loggath estaba rígido y tenso, mirando hacia un punto situado a lo lejos.

—¿Qué sucede, Neil? —preguntó.

—Me parece que tenemos visita —respondió el joven.

Un trépano avanzaba hacia ellos. Las siglas de la Sub—Pol aparecían grabadas en sus costados metálicos. Loggath miró hacia su propio vehículo. Ya no tenían tiempo de alcanzarlo, sin exponerse a recibir una descarga mortal.

Miró a Vania. La muchacha había palidecido intensamente.

—Deja que hable yo —pidió.

Vania asintió en silencio.

El trépano se detuvo a pocos pasos. Se abrió la escotilla y dos hombres, vestidos con el característico uniforme de la Sub—Pol aparecieron ante sus ojos.

Los agentes se dirigieron hacia ellos con paso rápido. Ambos tenían la mano derecha sobre la culata de su pistola.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó uno de ellos en tono autoritario.

—Soy Neil Boartes —dio el apellido falso que usaba en su documentación—, ingeniero ayudante de la Central Atmosférica de Sub—Urb 22. Ésta es mi esposa Vania, primera observadora en la Central Sismológica de la misma ciudad. Acabamos de casarnos y estamos disfrutando de la licencia reglamentaria en estos casos.

El guardia les dirigió una mirada recelosa, que en el caso de Vania se convirtió en admiradora de sus numerosas gracias corporales. Vania captó la intención del sujeto y se sonrojó por la impresión intensamente desagradable.

—La documentación —pidió el agente.

Era más bien una exigencia. Loggath decidió reforzar su papel con una protesta que sabía iba a ser un mero formulismo. No obstante, ello contribuiría a reforzar la ficción.

—Hay algunos guardias que piden la documentación, añadiendo la frase «por favor» —respondió con estudiada intención.

—¡Bah! ¡Tonterías! —repuso el guardia en tono despectivo—. ¿Es que no están obligados a enseñarla? Vamos, no nos haga perder

el tiempo… a menos que haya mentido.

—No he mentido —contestó Loggath en tono irritado—. Cuanto he dicho es la pura verdad. Vania, querida, trae nuestros documentos… por favor.

—Sí, Neil —contestó ella. Dio un paso hacia adelante, en el momento en que el jefe de la pareja exclamaba:

—Sandor, acompaña a la chica.

—Alto —exclamó Neil—. Prefiero ir yo. O los dos juntos. No quiero separarme de mi mujer.

—Celoso, ¿eh? —rió el guardia—. Está bien, vamos…

En este mismo momento, un nuevo elemento alteró la situación.

Se oyó un fuerte zumbido. Segundos después, aparecía ante los cuatro un trépano de tamaño doble que los anteriores.

—Quietos —gritó el guardia sacando la pistola—. Sandor, dispara a matar si estos dos pájaros mueven las pestañas.

El trépano se detuvo a poco. Una escotilla se abrió en la parte superior y un hombre apareció casi en el acto.

—¿Qué es lo que sucede? —exclamó con voz imperativa.

Vania se agitó. Loggath se dio cuenta de que iba a lanzar una exclamación y la agarró por el brazo, comprimiéndoselo con cierta fuerza. Ella se volvió para mirarle. En silencio, Loggath le dijo que debía permanecer callada.

Los guardias reconocieron de inmediato al hombre que estaba en la escotilla y saludaron respetuosamente.

—Mi coronel —dijo al jefe de la patrulla. Läntser descendió al suelo y se les acercó.

—¿Ocurre algo de particular? —preguntó en tono negligente.

—Señor —explicó el guardia—, estábamos interrogando a esta pareja. Nos disponíamos a examinar su documentación; encontramos ayer un trépano destrozado y restos de cuatro personas muertas… Calculamos que estos dos podrían tener alguna relación con el suceso.

—No lo creo —contestó Läntser en tono reposado—. Son amigos míos y respondo por ellos. Pueden irse con entera tranquilidad.

—Bien, mi coronel. —Los guardias saludaron y se encaminaron hacia el vehículo, el que partió de aquel lugar a los pocos momentos.

Läntser sonrió.

—Celebro que los tomen por sospechosos —dijo satisfecho—. Esto no hará sino favorecerles.

—Desde luego —contestó la muchacha—. Su aparición, por otra, parte, no ha podido ser más oportuna.

—Estoy haciendo una excursión con unos amigos —declaró Läntser—. Por eso solicité el uso de un trépano colectivo. Bien, ¿qué me dicen del aparato destrozado y de los cuatro muertos?

Mientras Vania explicaba los sucesos del día anterior, Loggath se mantuvo a un lado en postura respetuosa, debido a su inferior graduación. Läntser ni siquiera pareció reparar en su presencia.

Al terminar la muchacha, Läntser se quedó un tanto pensativo.

—Parece como si se hubiera producido alguna filtración —murmuró—. No cabe la menor duda de que trataban de eliminarles a ustedes.

—Así es, en efecto —convino la muchacha—. Y sólo fue gracias a la actuación del cabo Loggath que esos forajidos no pudieron conseguir sus inicuos propósitos.

—Tendré en cuenta su informe, capitán Wegener. Dice que encontró en las ropas de uno de los muertos una dirección.

—Sí, mi coronel. ¿Cabo Loggath?

El joven se acercó. Saludó rígidamente y entregó a Läntser el trozo de papel que había tomado de las ropas del muerto.

Läntser leyó las letras y signos escritos con suma atención. Luego devolvió el papel a Loggath.

—Investiguen —dijo—. Tal vez encuentren allí algo que pueda servirnos para concluir a entera satisfacción la misión que nos ha sido encomendada.

—Bien, mi coronel.

Läntser miró a la muchacha.

—Veo que saben compaginar el deber con la diversión —sonrió —. Lo celebro infinito.

—Nos detuvimos ante la tentación de tomar un baño en el río — respondió ella turbándose.

—Un deseo que considero muy lógico —concedió Läntser—. Bien, debo volver con mis amigos para continuar la excursión. Buena suerte a los dos.

Permanecieron allí hasta que el trépano se hubo perdido de vista. Entonces, Vania se volvió hacia el joven, dándose cuenta que

su rostro ofrecía expresión de profundo ensimismamiento.

—¿Qué te sucede, Neil? —preguntó un tanto curiosa y sorprendida.

—¿Eh? Oh, nada de particular —respondió él forzando una sonrisa—. Tengo hambre. ¿Por qué no comemos algo?

—De acuerdo —aceptó ella. La actitud del joven la preocupaba, aunque se guardó muy bien de decir nada en alta voz. Lo haría más adelante, cuando se presentase una ocasión.

* * *

Como rodaban sin prisas, ya que debían mantener la ficción de que se encontraban en viaje de novios, tardaron cuarenta y ocho horas en alcanzar el punto señalado en el papel que habían encontrado en los bolsillos del muerto.

Loggath detuvo el vehículo e hizo girar los periscopios, efectuando un «barrido» visual completo, de trescientos sesenta grados, mientras Vania le observaba con toda atención.

—¿Algo de particular? —preguntó ella al cabo de unos momentos.

Loggath no contestó. Su cerebro trabajaba a pleno rendimiento. Vania se percató al instante de la concentración mental del joven y respetó su silencio.

El lugar en que se hallaban era un paraje casi desértico: bastante arena, muchas piedras calcinadas por el sol de siglos y plantas cactáceas que sobrevivían con dificultad en un ambiente tan inhóspito. El sol caía de pleno sobre el suelo y, debido a la pureza de la atmósfera, los objetos se divisaban a gran distancia, deformados a veces por las vaharadas de calor que subían desde la tierra ardiente.

—Estamos justo sobre el lugar indicado, pero...

Loggath se detuvo sin concluir la frase.

—Recelas algo, ¿no es cierto? —preguntó ella.

De nuevo él se encerró en un hondo mutismo. Vania se sentía intrigada, más de lo que quisiera, por la actitud de su compañero, a quien no acababa de entender del todo.

CAPÍTULO VII

De pronto, Loggath exclamó:

—Vamos a perforar desde otro punto. Antes, sin embargo, realizaremos unas cuantas observaciones fonosísmicas, a fin de saber qué es lo que tenemos bajo nuestros pies.

—Encuentro muy lógico lo referente a la observación fonosísmica —convino ella—, pero lo que ya no me parece muy congruente es que perforemos desde un punto distinto al señalado en la nota que encontramos sobre el muerto. ¿Puedes explicarme, olvidando nuestros rangos respectivos —dijo con cierto retintín—, los motivos de tu decisión?

—Te complaceré con mucho gusto —respondió él—. La nota decía: Perforar con rumbo ochenta y cinco sur y veintidós grados negativos», es decir, de inclinación hacia abajo. A los setenta kilómetros de profundidad, encontraremos… algo, no se sabe aún qué pueda ser.

—En efecto, así es —admitió Vania—. ¿Y qué mas?

—Si la nota es genuina, no tenemos nada que temer. Por el contrario, si se tratase de un ardid, caeríamos de bruces en el lazo que nos han tendido los de la Sup—T.

Vania meditó unos instantes.

—Es posible que tengas razón —admitió al cabo—. En tal caso, ¿dónde piensas iniciar la perforación?

—Nos situaremos en un punto opuesto, distante de aquí unos trescientos diez kilómetros y entonces perforaremos en sentido diametralmente contrario.

—¿Por qué trescientos diez kilómetros? —preguntó ella.

—El punto marcado como «Cav. Rect.ª» se encuentra a setenta kilómetros de profundidad. Perforando a veintidós negativos la distancia efectiva es de ciento cincuenta y cinco kilómetros, en cifras redondas; luego verificaremos los cálculos, a fin de rehacerlos con la debida exactitud. Ahora bien, para taladrar en sentido contrario, hemos de situarnos en la superficie al doble de esa distancia, que no es exacta, como digo, ya que tendremos que contar la diferencia de cota con el lugar en que nos hallamos. Pero la cifra más aproximada es la que te he dicho.

—¿Y por qué quieres entrar en la tierra desde un punto opuesto en su totalidad?

—Si es una trampa, no nos esperaran viniendo desde otro lugar, ¿comprendes?

Los ojos de Vania se iluminaron.

—Ahora sí te entiendo —contestó, con brillante sonrisa—. Y si no es una trampa, igual llegaremos al punto marcado.

—Eso es lo que te quería hacer comprender. Ahora, disponte para hacer la observación fonosísmica. Me llevaré un transmisor individual para darte instrucciones desde el exterior.

—De acuerdo.

En el depósito de pertrechos, Loggath tomó el transmisor de radio, un pico y una pala. Los trépanos iban provistos de los más diversos instrumentos y herramientas, con el fin de que sus tripulantes pudieran hacer frente en cualquier momento a una situación determinada, no prevista en sus planes de viaje.

Descendió al suelo y probó el transmisor.

—Te oigo con absoluta claridad —contestó Vania.

—Muy bien. Saca una broca sismofónica, pero déjala a unos centímetros del suelo. No la introduzcas hasta que yo te lo ordene.

—De acuerdo.

Cuando rodaban en terreno libre, los sistemas de propulsión estaban completamente desplegados, lo cual hacía que el vientre del vehículo estuviese separado del suelo por una distancia aproximada de un metro. Sólo cuando estaban en perforación se replegaban las orugas y ruedas, a fin de permitir mejor el trabajo de la broca de proa.

Loggath se arrastró bajo el vientre del trépano hasta alcanzar el punto donde asomaba la broca del cable fonosísmico. Entonces, utilizando la piqueta, excavó en el suelo hasta practicar un hoyo de unos cuarenta centímetros.

Sacó la tierra con las manos y luego tomó el transmisor de radio.

—Vania —llamó.

—¿Sí, Neil?

—Haz que descienda la broca detectora muy despacio. Está presta a detener su descenso cuando yo te advierta.

—De acuerdo.

El aparato empezó a bajar. Loggath lo tomó con la mano, hasta situarlo exactamente en el hueco que había entre dos piedras que había puesto al descubierto.

—Vania, rotación un tercio.

La broca giró un poco, mordiendo la roca con suma facilidad.

—¡Alto! —ordenó.

Agarró el remate del cable con dos dedos y lo movió con fuerza. La broca permaneció inmóvil.

—Pon en funcionamiento los auriculares. Ahora vuelvo.

Salió arrastrándose y regresó a la cabina. Una vez en su sillón, se colocó unos auriculares, por medio de los cuales captaban los sonidos que se producían en aquellos momentos a setenta kilómetros de profundidad.

Alargó la mano derecha y cerró el circuito emisor, dejando sólo el receptor.

El sismófono estaba basado en la propagación de las ondas sonoras a través de la estructura de las distintas capas sólidas de la corteza terrestre. Micrófonos hipersensibles recogían con toda fidelidad los menores sonidos aun a grandes distancias.

—Hay gente abajo, en efecto —dijo al cabo de unos segundos de escucha.

—Pero no se entiende bien lo que hablan —objetó ella.

—Es que tampoco hemos introducido mucho la broca del sismófono. Habrían captado el ruido con sus detectores y entonces se hubieran dado cuenta de que estamos encima de la caverna en la que se encuentran ellos.

—Tienes razón —convino la muchacha—. Oye, ahora parece que se entiende algo...

Unas voces humanas llegaron hasta ellos, distorsionadas, más que por la distancia, por la escasísima profundidad a la que había sido introducido el taladro del sismófono. Aun así, lograron captar algunas frases en extremo reveladoras.

—... trampa... resultado...

—... cree usted?

—...r supuesto. Sabia que... defenderían... Todos... vaban... nota idéntica...

—Entone... ánto tardarán... llegar?

—No much... Sigan... escuch...

Loggath levantó la vista.

—¿Qué te decía yo? —murmuró.

El rostro de Vania revelaba una gravedad muy poco común.

Dijo:

—En efecto: es una trampa. Y todo porque una fiera no rugió.

Una débil sonrisa distendió los labios del joven.

—Es muy posible, lo hicieron así con toda intención —manifestó —. Yo hubiera hecho prisioneros a los tipos y, al registrarles, les habría encontrado la nota. Lo que ellos no contaron fue con que atacaría de un modo muy distinto al que esperaban.

—Entiendo —murmuró Vania, pensativamente—. De todas formas, esos salvajes de la Sup—T. Sacrificaron a conciencia cuatro de sus secuaces. ¿Todavía sigues sintiendo simpatía por ellos?

Tranquilo y pausado, Loggath retiró la broca del sismófono y puso en marcha el vehículo.

—Siento simpatía por su ideario, no por los medios que emplean para conseguirlo —declaró él, con acritud—. Mi corazón, repito una vez más, está con los de sentimientos puros y nobles, que ansían abandonar las cavernas y vivir a plena luz del día, pero detesto con todas mis fuerzas a los que propugnan la sangre como medio para lograr el fin que se proponen.

El trépano rodaba ya a sesenta kilómetros por hora.

—El cambio de vida sería radical —observó ella.

—¿No lo fue acaso cuando, inficionada la atmósfera, en vías de extinción las especies animales y vegetales, cuando la emigración a los planetas no bastaba para absorber el índice de crecimiento demográfico, se decidió vivir bajo tierra? Ahora ya han desaparecido esas circunstancias; todos los días salen docenas de naves para Marte y Venus, ocupadas por personas que, pese a las relativamente desfavorables condiciones de vida de esos planetas, no quieren vivir más en subterráneos; el suelo de nuestro planeta ha tomado de nuevo un aspecto paradisíaco y puede mantener sin esfuerzo alguno a veinte millares de millones de habitantes...

»Lo que hace falta es que se suplan los anticuados medios de transporte a base de combustibles líquidos por otros que no corrompan la atmósfera; que las fábricas se instalen bajo la superficie y que sean movidas tan sólo por electricidad, a fin de que no haya humos industriales; que se establezcan unas rígidas normas con respecto a la conservación de animales y plantas, para que puedan reproducirse en óptimas condiciones los que sean utilizados para la alimentación humana, sin que se altere de manera negativa

el equilibrio y nos encaminemos hacia una catástrofe, tal como sucedía a mediados de siglo XXI... Entonces, y sólo entonces, podremos vivir de nuevo en la superficie, sin temor alguno para nuestro futuro.

Vania se quedó muy pensativa al escuchar las palabras del joven.

—Pero eso es cosa que debe decidir el Gobierno actual —alegó.

—En efecto. Y un día u otro, la presión popular acabará por hacerles tomar una resolución favorable a los Sup—T.

—¿Cederá el Gobierno ante las exigencias de esos intransigentes? —exclamó ella.

—No. No debe ceder ante una presión emanada de la fuerza bruta, sino que el Gobierno, como todo gobierno compuesto por personas sensatas, deberá ceder ante lo que es justo y razonable.

—Pero, entonces, si los Sup—T. quieren vivir fuera, ¿por qué recurren a esos medios tan repugnantes? ¿No crees que les bastaría realizar una propaganda inteligente y sensata, con objeto de que el clamor popular obligase al Gobierno a permitir paulatinamente el abandono de las Sub—Urbes?

—Así debiera ser, en efecto; y el porqué no lo es, me preocupa bastante, más que lo que tú misma puedes pensar.

Continuaron su camino. Cien kilómetros más allá, divisaron una nave que se elevaba rugiendo con estrépito hacia el cielo.

—Allá van cientos de personas que son felices porque no tendrán que vivir en subterráneos —comentó él.

—De todas formas, la existencia en Marte y en Venus no tiene nada de fácil, Neil.

—Siempre ha habido y habrá quien posea un inextinguible espíritu de aventuras —contestó Loggath, en tono de refrán—. Por un lado, les envidio; por otro, sin embargo, creo con plena sinceridad que mi puesto está aquí, en la Tierra.

—Intentando conseguir un día el viejo sueño de vivir en la superficie.

—¿Por qué no? —admitió él, con toda tranquilidad.

CAPÍTULO VIII

Atardecía, ya cuando alcanzaron el punto previsto.

El sol enrojecía las áridas cimas de los montes que les rodeaban. No se divisaba una sola planta en todo cuanto alcanzaba su vista. El suelo era llano, pero calcinado en toda su extensión, blanco, casi liso en muchos puntos. Aún hacía un terrible calor, ya que se encontraban casi en el centro de un colosal cuenco que acumulaba las elevadísimas temperaturas a lo largo del día. Era un paraje inhóspito, de una belleza sugestiva y llena de atractivos, pese a su deprimente desolación.

—¿Dónde estamos, Neil? —preguntó ella, cuando Loggath detuvo el vehículo.

—En los viejos mapas de la época se le llamaba el Valle de la Muerte. Pertenece a la antigua región de los Estados Unidos y se halla a ochenta y cinco metros bajo el nivel del mar. Esto me obligará a realizar algunas correcciones sobre mis cálculos, puesto que fueron efectuados en un punto en donde nos hallábamos a casi mil metros de altura.

—¿Cuándo horadamos? —indagó ella.

—Si no tienes inconveniente, preferiría dejarlo para mañana por la mañana. Aparte de que necesito un tiempo para hacer esos cálculos, conviene que nos tomemos una noche de descanso.

—Está muy bien —convino la muchacha—. Pero siento el temor de que nos detecten.

Loggath se encogió de hombros.

—Ése es un riesgo que debemos correr. De todas formas, es muy posible que consigamos sorprenderles; no olvides que ellos nos esperan viniendo de una dirección en absoluto opuesta a la que seguiremos en la realidad y que, casi con toda seguridad, sus detectores estarán orientados hacia el supuesto punto de llegada.

—Ojalá sea como dices —sonrió ella—. Bien, iré a preparar la cena mientras realizas tus cálculos.

La noche transcurrió sin ningún accidente. Al amanecer, después de la salida del sol, que se elevó con gran rapidez en el cielo abrasando la tierra con sus rayos de intolerable temperatura, desayunaron.

Después, Loggath orientó el trépano en la dirección exacta. Hizo girar la barra articulada de la gran broca y a los pocos momentos,

se introducían en la tierra.

Diez minutos más tarde, sólo quedaba como rastro de su paso por aquel lugar un hoyo cubierto parcialmente de finísimo polvo blanquecino.

La distancia exacta a recorrer era de ciento cuarenta y nueve kilómetros, una vez realizados los cálculos exactos. La broca mordía las capas rocosas sin descanso, convirtiéndolas en polvo impalpable que era despedido hacia atrás con gran violencia. Aunque la perforadora giraba a tres cuartos de su máxima potencia, Loggath había programado una velocidad de avance de treinta y cinco kilómetros a la hora.

—No quiero correr riesgos inútiles avanzando a una velocidad más imprudente que excesiva —había justificado su decisión, la cual había sido aprobada de inmediato por Vania.

El tiempo transcurría con lentitud. De cuando en cuando, Loggath detenía el trépano y lanzaba una sonda fonosísmica para detectar cualquier posible sonido sospechoso.

Pasaron dos horas y media. Loggath calculó que habrían recorrido ya la mitad del camino, poco más o menos. Hasta entonces, no habían captado ninguna señal que les indicase habían sido descubiertos; sus detectores habrían recogido en el acto las señales emitidas por los sismófonos enemigos.

Pero, inesperado, oyó un extraño crujido. El trépano se estremeció, al mismo tiempo que la perforadora giraba a una velocidad terrible, muy superior incluso a la normal.

—¿Qué pasa, Loggath? —gritó Vania, asustada en extremo.

Loggath alargó la mano y desconectó el embrague de giro del trépano perforador. En el mismo instante sintieron que el vehículo, que no se había detenido, sin embargo hacia delante, se hundía en un medio menos denso que la tierra.

El trépano se balanceó con cierta suavidad hacia delante y atrás y luego a los costados. Loggath cortó en el acto el encendido del motor propulsor y las orugas se inmovilizaron.

El movimiento de descenso proseguía.

Vania le miró. El rostro de Loggath aparecía cubierto de una palidez mortal.

—Hemos penetrado en un lago interior —manifestó.

La muchacha se quedó aterrada.

—¡Dios mío! —musitó.

La velocidad de descenso no era muy grande, pero se acentuaba con cierta rapidez.

—Corremos el peligro de sufrir una grave avería al chocar con el fondo del lago —dijo él, con voz calmosa a pesar de todo—. Es, a no dudar, una gran bolsa de agua en el seno de la tierra, pero ignoramos sus dimensiones. El trépano puede avanzar sin dificultades por el fondo del mar, ya que es completamente estanco, pero si el golpe resulta muy fuerte, no respondo de lo que pueda ocurrir.

—Pero habrá alguna solución para evitarlo, ¿no crees?

Loggath reflexionaba a toda marcha. Los segundos contaban.

—Creo que conseguiremos algo de este modo —respondió, embragando de nuevo el motor de la perforadora.

El trépano empezó a girar a miles de revoluciones. El movimiento de descenso vertical se trocó en una transmisión oblicua.

—Dale más —pidió Vania, captando las intenciones del joven.

Loggath aceleró el movimiento de giro. El trépano se comportó entonces como una hélice tractora, pero aunque el vehículo podía resistir impunemente una elevada presión bajo el agua, no estaba construido para flotar y continuaba hundiéndose.

—Debe ser un lago enorme —comentó Vania, tratando de dominar el nerviosismo que la invadía.

—Es más que posible, está ahí abajo desde tiempos prehistóricos, cuando el agua que debía ocupar el Valle de la Muerte se hundió en el seno de la tierra, debido a algún colosal cataclismo geológico. Si, debe ser un lago de dimensiones colosales.

El movimiento de rotación de la broca hacía que el vehículo avanzase ahora con un ángulo de descenso no muy pronunciado. Sin embargo, su velocidad hacia delante era relativamente lenta.

—Nos convendría más tocar fondo —dijo él—. Los sistemas de propulsión rodada resistirán mejor el choque contra el suelo, que la broca contra un objeto sólido, girando a varios miles de revoluciones por minuto.

Callaron un momento. La perspectiva no tenía nada de agradable.

Si se rompía la broca, quedarían atrapados a treinta o cuarenta

kilómetros de profundidad, en el seno de un gigantesco bolsón de líquido, cuyas dimensiones desconocían en absoluto. Rota la perforadora, ya no tendrían ocasión de volver a la superficie. El resto era espantoso y el final fácil de imaginar.

En cambio, si se estropeaban los sistemas de propulsión rodada, siempre les quedaba el recurso de utilizar el trépano para abrirse paso a través de la masa sólida. Resultaría una labor lenta y tediosa, pero la perforadora hacía el mismo efecto que un berbiquí y permitía el avance, aunque muy lento. No obstante, el vehículo estaba capacitado para poder permanecer en el interior de la tierra durante una etapa ininterrumpida de treinta días por lo menos.

De súbito, Vania lanzó una exclamación.

—¡Neil, ya lo tengo! —gritó—. ¡Ya sé cómo amortiguar el golpe! ¡Conecta el campo térmico negativo, pronto!

Loggath comprendió en el acto las intenciones de la muchacha. Alargó una mano y la refrigeradora empezó a funcionar.

—Más, más —pidió ella con desesperación, observando el termómetro.

En pocos momentos, el trépano quedó envuelto por un colosal bloque de agua helada, de cuarenta o cincuenta metros de largo por la mitad de grueso. Al mismo tiempo, Loggath había suspendido el movimiento de giro del trépano perforador.

El descenso se atenuó de forma sensible. Sin el aditamento del enorme vehículo, el bloque de hielo habría ascendido por flotación, debido a su menor densidad, pero al contener en el interior de su masa un peso superior a las cien toneladas, perdía altura, descendiendo con lentitud hacia el fondo.

Un minuto más tarde se notó un suave choque. El vehículo se detuvo.

Vania exhaló un fuerte suspiro. Por su parte, Loggath se reclinó en su sillón y se limpió el abundante sudor que le cubría la frente.

—Mi capitán —exclamó—, jamás en los días de tu vida concebirás otra idea que dé mejores resultados. Estamos vivos gracias a ti, no hay discusión.

—Sí, ha sido una buena idea —admitió ella, con simpática franqueza—. Pero no olvides que ahora estamos envueltos en hielo. ¿Cómo nos las arreglaremos para salir de aquí?

—Espera un momento.

Loggath hizo salir una broca sismofónica y emitió un rápido impulso. La diferencia de densidades entre los distintos medios —el hielo y la roca— quedó grabada al momento en la registradora gráfica del sismógrafo.

—Tenemos debajo de nosotros una capa de hielo de doce metros de grueso —explicó—. La fundiré lentamente, a fin de evitar un choque demasiado rudo. Después podremos continuar el descenso.

CAPÍTULO IX

La perforadora mordía otra vez en las rocas.

Sin embargo, el trépano seguía ahora una dirección ascendente.

—Tenemos que subir hasta que el agua, que va invadiendo el túnel que practicamos, alcance la cota superior del lago —manifestó él, una vez decidieron reanudar la marcha.

De momento estaban salvados.

Conectó el piloto automático y se aplicó a programar un nuevo rumbo de avance. Calculó que habrían descendido unos tres mil metros en vertical o, por lo menos, en un ángulo pronunciado y, por supuesto, bastante alejado de los 22° negativos programados desde un principio, por lo que se imponía realizar de nuevo unos cálculos compensatorios, con objeto de volver al camino correcto. Ello implicaba una pérdida de tiempo que no tenía gran importancia, en realidad, salvo por las molestias y el susto que habían pasado al meterse de lleno en una bolsa de agua insospechada en absoluto.

De cuando en cuando, Loggath detenía el vehículo y lanzaba una sonda sísmica hacia atrás. El agua les seguía de cerca.

Transcurrió casi una hora antes de que alcanzasen un nivel superior al del lago. Para entonces, ya tenía hechos los nuevos cálculos.

—Bueno, y ahora, abajo otra vez.

El ángulo negativo se hizo más pronunciado, forzosamente debido a las circunstancias, a fin de corregir las pérdidas sufridas en la inesperada travesía del lago subterráneo. Una vez más sobrevino el tedio.

Tres horas más tarde, la broca giró con mayor velocidad que la prevista.

Loggath desconectó el piloto automático y redujo la velocidad de perforación y de avance. El vehículo progresó al mínimo de ambas velocidades. Unos segundos más tarde, la broca giraba loca.

—Bueno —dijo él—, ya hemos alcanzado un lugar descubierto... es una metáfora, por supuesto.

—¿Saldrás? —preguntó ella.

—Claro. Esperaré un poco a que se pose el polvo y me asomaré a ver qué hay delante del trépano.

Se soltó las correas y tomó una linterna portátil del almacén de pertrechos. Vania se unió a poco.

—Si no te importa, saldré contigo.

—De acuerdo. Pero convendrá que llevemos armas. Antes, sin embargo, debemos escuchar un poco a ver si oímos algo interesante.

El sismófono les hizo oír unas voces que sonaban con impaciencia.

—Ya tenían que estar aquí. ¿Por qué demonios no vienen?

—¿A mí qué me cuentas? Pregúntaselo al jefazo.

—Se ha largado. No quiere ensuciarse las manos.

Otra voz dejó oír un gruñido de enojo.

—Será mejor que cerréis el pico —dijo el sujeto—. Si han conectado la broca de un sismófono, os estarán oyendo.

—Demonios, a ellos no se les oye. ¿Es que se los ha tragado la tierra?

Loggath miró a la muchacha y sonrió. Alargó la mano y desconectó la broca sismofónica.

—Se llevarán una sorpresa, así lo espero —dijo, mientras se quitaba los auriculares.

Cogieron sendas pistolas y se dirigieron a la escotilla. El trépano, al girar perforaba un orificio de diámetro superior a la estructura del vehículo, lo cual quedaba reflejado en el espacio que había entre el techo del túnel y la parte superior del artefacto, que vendría a ser de unos sesenta o setenta centímetros.

Abierta la escotilla, Loggath sacó el cuerpo y, arrastrándose, fue hacia la proa seguido de la muchacha. Al llegar cerca del punto donde el cuerpo cilíndrico del aparato adoptaba una forma

semiesférica, a fin de facilitar la unión con el brazo articulado rotatorio de la perforadora, hizo alto para explorar el espacio que tenía delante de sí.

La oscuridad era completa y no se veía nada. Las voces tampoco se escuchaban; debían producirse en algún lugar un tanto alejado, de modo que no podían captar sus sonidos por medios naturales.

Loggath se arriesgó a lanzar un par de destellos con la linterna. Merced a ello, pudo darse cuenta de que habían desembocado en un túnel de buen tamaño, desierto en aquellos momentos.

—Vania —dijo.

—¿Sí, Neil?

—¿Puedo pedirte que vuelvas a la cabina de mandos y hagas avanzar el trépano, muy despacio y sin hacer ruido, hasta sacarlo del agujero que hemos perforado?

—Claro —contestó ella. Y empezó a retroceder, arrastrándose.

Loggath permaneció en el mismo sitio. Con el máximo silencio permisible, el trépano avanzó unos treinta metros, deteniéndose a continuación.

—¿Algo más? —dijo ella, asomando por la escotilla.

—No. Saca los peldaños exteriores. Vamos a bajar. Momentos después, se hallaban en el suelo. De pronto, Vania se agarró con fuerza al brazo del joven.

—Mira, Neil —habló en un susurro.

Un leve resplandor rompía las tinieblas delante de ellos, a una distancia que no supieron precisar, dada la falta de puntos de referencia. Cambiándose la linterna de mano, Loggath avanzó, a la vez que soltaba la trabilla que sujetaba su pistola a la funda.

Caminaron durante unos quinientos metros, al cabo de los cuales vieron la embocadura de otro túnel, casi perpendicular al primero y asimismo de vastas dimensiones. El segundo estaba iluminado con intensidad al final, a un millar de metros, aproximadamente.

Loggath se mordió los labios.

—No podremos acercarnos a ellos sin ser vistos —comentó.

Vania asintió. A lo lejos, podían intuir un par de vehículos análogos al suyo. Al pie de los mismos, se percibían dos o tres minúsculos puntitos negros, que debían significar otros tantos individuos.

Durante unos momentos, permanecieron irresolutos, sin saber

qué hacer.

—¿Por qué no acercarnos perforando en sentido paralelo y luego surgimos de improviso, frente a ellos? —apuntó la muchacha.

Loggath denegó con la cabeza.

—Resultaría en extremo peligroso —respondió—. Nos detectarían antes de haber recorrido la mitad de la distancia.

—¿Entonces...?

—No nos queda otro remedio que esperar.

—¿Esperar a qué, Neil?

—Tienen que descansar, creo yo. Entonces, dejarán a un hombre de vigilancia. Así nos será más fácil sorprenderles y...

Como si hubiera adivinado las intenciones de los individuos, la luz se atenuó casi por completo, hasta quedar en una suave penumbra que apenas se distinguía desde el punto en que se encontraban.

—Cualquiera diría que eres un adivino —exclamó Vania, admirada.

—No, sino un simple aficionado al conocimiento de las necesidades del organismo humano. ¿Vamos?

Mientras caminaban con todo cuidado, pegados al muro, ella preguntó:

—¿Qué harás cuando estemos allí?

—Un prisionero. ¿Para qué más? Le interrogaremos y él nos dirá todo lo que queremos saber.

Vania aprobó con un movimiento de cabeza. Poco a poco fueron ganando terreno hasta que un cuarto de hora más tarde, se hallaron ya en las inmediaciones de los trépanos.

Inesperadamente, las luces volvieron a encenderse. Por un momento, Vania creyó que estaban perdidos.

Loggath reaccionó con suma presteza. Tiró de su mano y la atrajo hasta una anfractuosidad próxima, apenas más profunda que sus propios cuerpos, pero que quedaba en una protectora zona de sombras.

Apenas lo habían hecho, escucharon el característico ruido de un trépano al perforar la roca. Asomando al mínimo la cabeza, pudieran ver el vértice de una perforadora que se abría paso a través de las rocas.

Un vehículo emergió del muro y se detuvo una vez fuera,

Mientras tanto, los tripulantes de los otros dos vehículos se habían congregado al pie del recién llegado.

Loggath los contó. Había seis, sin incluir los que acababan de llegar.

—Imposible metemos con ellos, a menos que empecemos disparando sin previo aviso —murmuró.

—Ellos también van armados. Al menos, uno o dos quedarían en situación de disparar.

La escotilla del trépano recién llegado se abrió y dos hombres saltaron fuera. Hablaron un breve instante con los que esperaban y éstos, tras corta discusión, regresaron a sus vehículos.

Momentos después, los dos primeros trépanos se ponían en marcha. Perforaron la pared y desaparecieron en el interior de la capa rocosa.

Loggath y Vania se miraron.

—¿Un relevo? —sugirió ella a media voz.

—Lo más seguro.

Los recién llegados charlaron unos momentos entre sí. Luego, regresaron al interior de su vehículo. Las luces de la caverna se amortiguaron por segunda vez.

—Se disponen a dormir —apuntó Vania.

—Quizá —convino Loggath—. Esperemos.

Pasó un buen rato, más de una hora. Al cabo de ese tiempo, Loggath creyó llegada la hora de intervenir.

—Vamos —susurró.

Deslizándose como sombras, alcanzaron el trépano. Los peldaños exteriores no habían sido replegados.

Sin hacer el menor ruido, Loggath empezó a trepar por la escalera. Vania le imitó en el acto.

Llegaron arriba. Por señas, Loggath le dijo que debía permanecer junto a la escotilla, vigilando. Él penetraría en el vehículo. Vania dijo que sí con la cabeza.

El interior del trépano estaba sumido en la penumbra. Loggath se deslizó en absoluto silencio por la escalera hasta alcanzar el fondo. El vehículo era análogo en todo al suyo, de modo que no le resultaba difícil moverse en su interior. Se dirigió hacia la cabina de mandos, justo en el momento en que un sujeto, bostezando a todo pulmón, salía de su camareta.

—Maldición —dijo, farfullando las palabras—. Me olvidé de conectar el trépano de los detectores automátic…

Se calló en el acto al verse de repente ante una pistola que le apuntaba recta al pecho. Sus ojos se dilataron por el asombro y durante unos momentos se inmovilizó incluso para respirar.

Loggath se puso un dedo en los labios, como indicándole silencio absoluto. Luego, con la mano izquierda, señaló la escala y después la escotilla. Blandió la pistola con ademán significativo.

El sujeto comprendió. Dio un paso hacia adelante, pero, en aquel momento sonó otra voz.

—Dinker, ¿has terminado ya?

—Diga que sí o le abraso —susurró el joven.

El sujeto tragó saliva.

—Sí, Kalapahn.

—Pues entonces, ¿a qué diablos esperas? ¡Condenación, estoy cansado después de toda una jornada de perforar sin interrupción! Me parece —agregó el llamado Kalapahn—, que nos han tomado lindamente el pelo. Esos dos agentes de la Sub—Pol no van a venir aquí en los días de su vida… ¡Dinker! ¿Qué demonios haces? ¿Por qué no me contestas?

De un salto, Loggath se colocó junto a la puerta de la camareta, sin dejar de apuntar a Dinker con la pistola. En el mismo momento, Kalapahn asomaba la cabeza.

Gritó:

—¡Rayos! ¡Dinker! ¿Por qué diablos estás parado como una estatua…?

El sujeto se dio cuenta en el acto de que su compañero no se había convertido en una estatua por puro gusto. Lanzó un rugido de ira y quiso meterse en el interior del trépano.

El cañón de la pistola de Loggath se abatió con fuerza contra su cráneo derribándole al suelo sin sentido. Dinker se movió, como si fuese a arrojarse contra el joven, pero éste le encañonó otra vez frenando en seco sus impulsos.

—¡Arriba! —ordenó en tono perentorio—. ¡Y cuidado con realizar ningún movimiento sospechoso, si no quieres morir desintegrado en el acto!

Dinker obedeció sin más dilación. Al llegar arriba, Loggath dijo:

—Vania, mantenlo seguro unos momentos. Vuelvo enseguida.

Regresó al interior del vehículo e inutilizó todos los detectores y aparatos de escucha, a fin de no ser seguidos por el sujeto que yacía inconsciente. Kalapahn podría perforar y ascender a la superficie, pero lo haría a tientas, sin saber qué dirección tomarían ellos.

—Vamos —ordenó minutos más tarde.

Descendieron al suelo. Loggath hizo que el prisionero caminase delante de ellos, con las manos en la nuca. Pensaba interrogarle apenas estuviesen en seguridad en su propio trépano.

Caminaron hasta alcanzar el túnel transversal. Vania encendió la linterna a fin de alumbrar el camino.

De pronto, cuando se hallaban aún a unos doscientos metros del trépano, se oyó un sordo rugido.

El suelo vibró como sacudido por un terremoto. Vania se alarmó.

—¡Neil! ¿Qué…?

Antes de que el joven pudiera decir nada, un enorme chorro de agua, surgiendo con una presión de centenares de atmósferas de presión, brotó de la pared a cincuenta metros por detrás de ellos.

CAPÍTULO X

El chorro tenía el grueso de una persona y su fuerza era tal que, brotando a siete u ocho metros del suelo, en la pared de su derecha, en sentido paralelo al que ellos habían seguido para descender hasta los túneles, llegaba casi al pie de la pared opuesta, situada a más de doscientos metros de distancia.

El fragor de terremoto se transformó en un ensordecedor rugido que impedía oír toda palabra. En un instante, Loggath comprendió el gravísimo peligro en que se hallaban.

Otro chorro de agua, acaso de mayores dimensiones, brotó a veinte pasos del interior, con estruendo apocalíptico. La enorme presión del líquido arrancaba al salir enormes fragmentos de rocas y piedras, agrandando así el orificio y, por ende, el volumen del caudal de agua que surgía del seno de la tierra.

Loggath no perdió tiempo en explicaciones; lo urgente, en aquellos instantes, era salvar la vida. Agarró la mano de la

muchacha y tiró con fuerza hacia el trépano que estaba a doscientos pasos todavía.

Corrieron como locos, Dinker no necesitó que le apremiaran para unirse a ellos en su frenética carrera. A cada segundo que transcurría, cientos de toneladas de agua invadían la caverna.

Grandes arroyos corrían libremente ya por el suelo. De golpe, con estruendo comparable al de veinte grandes cañones a un tiempo, todo un lienzo de la pared cedió ante la irresistible presión del líquido, provocando así un alud líquido de aterradores proporciones.

Llegaron al trépano, justo cuando el agua les alcanzaba ya a los tobillos. A cada momento, nuevos derrumbamientos se producían y el agua irrumpía en mayores cantidades.

—¡Arriba, arriba! —gritó Loggath con frenesí.

La muchacha no se hizo de rogar. Loggath la siguió en el acto y Dinker cerró la marcha. Casi se precipitaron de cabeza en el interior del vehículo, en su ansia por escapar a aquella líquida invasión, cuyo origen les había sorprendido tanto. Loggath cerró la escotilla.

—Vania, pon en marcha el trépano. Dirígete al muro de enfrento y ataca con el máximo ángulo positivo.

La joven obedeció sin dilación. Loggath agarró a su prisionero y le encerró en una camareta, guardándose la llave.

—Luego te interrogaremos —le dijo antes de separarse de él.

El trépano rodaba ya por el suelo de la caverna, en donde la progresión de la inundación continuaba, con caracteres catastróficos. Vania hizo que el vehículo recorriese los doscientos metros que le separaban del muro opuesto a continuación, al observar por los periscopios que se hallaba ya en posición de perforar, puso la broca en funcionamiento.

—Dale la velocidad máxima —pidió el joven observando el avance de las aguas por medio de las pantallas visoras.

El nivel del líquido alcanzaba ya a mitad de la altura del trépano, cuando su perforadora empezó a morder la roca. El agua se vaporizó instantáneamente, debido a la elevada temperatura producida por el giro de la broca, ya que en los primeros momentos no podían conectar el campo térmico negativo. El agua se hubiera congelado, impidiendo o, en el mejor de los casos, dificultando en gran exceso la perforación.

—Avanzaremos con más lentitud al no poder cristalizar las rocas —dijo él momentos después. Vio que el agua iba a cubrirles y desconectó los periscopios.

Calculó el ángulo de ataque y las velocidades respectivas de propulsión y de giro. Luego se dio cuenta de que estaba sudando y esbozó una sonrisa que más parecía una mueca.

—Por unos segundos no hemos quedado afuera —exclamó con alivio.

—¿Y el otro? —exclamó Vania, cuyos colores le retornaban poco a poco.

—¿Kalapahn? Si no se despertó a tiempo, morirá ahogado. Lo siento; sólo traté de inutilizarle. —Su voz se endureció de pronto—. Recuerda las intenciones con que nos estaban aguardando.

Ella movió la cabeza de arriba a abajo.

—Dime, Neil —rogó—, ¿puedes tú saber de dónde provino esta repentina inundación?

—Sí. Es decir, presumo que sí —respondió él—. Calculo que al escapar el agua del lago interno por el túnel que nosotros perforamos, debió alcanzar sin duda una grieta de las capas rocosas, por la cual se introdujo parte del caudal fluido. Si el grueso del bolsón líquido era de unos tres kilómetros, entonces, en su fondo, había trescientas atmósferas de presión. Imagínate la potencia que posee el líquido en tales condiciones.

»El agua buscó el nivel inferior por ley natural. Ensanchó la grieta y acaso encontró otra u otras en su camino. Debido a la presión, las grietas se hacían mayores cada vez, hasta que, al fin, encontraron una salida en el nivel. Nuestra suerte fue que el primer chorro brotó detrás de nosotros y no delante; dado el enorme caudal que brotaba, no hubiéramos tenido tiempo de alcanzar el otro trépano.

Vania asintió. Las explicaciones del joven le parecían asequibles y lógicas.

—¿Qué harás con el prisionero?

—Voy a verle —contestó él.

Momentos después, se hallaba frente a Dinker. El prisionero le acogió con expresión retadora.

—Si piensa que voy a hablar, está listo —dijo antes de que el joven tuviese tiempo de abrir la boca.

La reacción de Loggath fue instantánea. Disparó su puño derecho con todas sus fuerzas y el sujeto se desplomó de espaldas.

Penosamente, Dinker se sentó en el suelo escupiendo un diente envuelto en sangre.

—Cochino bastardo —renegó.

Loggath se inclinó sobre él y le izó a pulso zarandeándole con fuerza.

—Si no hablas te romperé todos los huesos del cuerpo, uno por uno —dijo con los labios apretados—. Quiero que me digas quién es tu jefe, es decir, el jefe de la Sup—T. ¿Me has comprendido?

El temor asomó a los ojos del prisionero.

—Yo… Nunca le he visto. Re… recibimos las órdenes por sismograma…

—¿Es uno solo o varios?

Dinker hizo un gesto negativo.

—Tampoco lo sé.

—¿Cómo es posible que te alistases en una empresa sin conocer a su jefe?

—Nos prometió… altos cargos para cuando nuestra revolución hubiera terminado…

—Pues sí que eres un tipo crédulo y fácil de contentar —dijo Loggath despectivamente—. De modo que te conformabas con la esperanza de que, si un día cambiaban las cosas, te regalarían un empleo en el que pudieras vivir sin trabajar o algo por el estilo, ¿no es cierto?

Dinker asintió avergonzado.

—¿Qué quiere usted que le diga? —respondió—. Yo tenía ganas de vivir fuera, como millones de personas…

—Para conseguir eso, no hace falta ir por ahí matando a la gente —le reprochó él con severidad. De pronto, inquirió—: ¿Tenéis algún momento determinado para la recepción de sismogramas?

Dinker consultó su reloj de pulsera. En su subconsciente, Loggath se percató de que era de un tamaño desusado, pero, por el momento, no prestó mayor atención al detalle.

—A las doce y media deberemos permanecer a la escucha —dijo por fin.

—¿Qué rumbo de orientación del sismógrafo?

Dinker se mordió los labios. Loggath le enseñó el puño

amenazador.

—Está bien —suspiró el prisionero—. Treinta Norte, veintisiete negativos. Es todo lo que sé.

—De acuerdo —contestó el joven—. Permanecerás aquí encerrado hasta que llegue el instante de recibir las nuevas instrucciones. Entonces veré si me has mentido...

—¡No, no! —protestó Dinker con singular vehemencia—. ¡Es la pura verdad, lo juro!

Después de cerrar la puerta, regresó junto a la muchacha.

—La perforación continúa sin tropiezos —informó ella—. Al ritmo que vamos, tardaremos seis horas en asomar a la superficie.

—¿Hay agua todavía?

—Sí. Tendremos que subir aún alrededor de treinta y cinco kilómetros más, es decir, rebasar el nivel del lago, para poder avanzar en seco. Entonces, el termómetro nos indicará el momento de la conexión del campo térmico negativo, con lo que podremos aumentar la velocidad de perforación.

—Muy bien —aprobó él—. Será mejor que te tiendas a descansar un poco. Yo vigilaré mientras tanto.

—¿Qué ha dicho el prisionero?

—No mucho, aunque sí lo suficiente para poder proseguir nuestras pesquisas. —Le relató la conversación sostenida con Dinker.

Vania movió la cabeza aprobando.

Dijo:

—Por fin parece que hemos conseguido algo positivo.

—Con tal de que no se trate de una nueva trampa...

Vania se volvió y apoyó ambos brazos en el respaldo del sillón.

—Me pregunto quién tendrá interés en suprimirnos —afirmó dubitativa.

—El jefe de la Sup—T., no cabe la menor duda.

—Sí, pero, ¿quién es?

Loggath lanzó un profundo suspiro.

—Un redomado canalla y un asesino sin entrañas. Bueno, vete a dormir; ya te llamaré cuando hayamos asomado a la superficie.

Ella sonrió complacida.

—Muy bien, mi coronel —contestó.

—No me llames de ese modo —gruñó él con voz crispada—.

Sólo soy el cabo Loggath.

—Por haber dejado escapar a unos simpatizantes de la Sup—T.

—Exactamente —admitió él sin ambages.

—Con lo cual incumpliste tu deber.

—Todo comandante de destacamento de Sub—Pol tiene cierta autonomía en la acción. Estimé que aquellos sujetos no eran peligrosos. En tal caso, sería preciso encarcelar a media humanidad.

—Un oficial de la Sub—Pol no juzga, ejecuta —alegó ella.

—Yo sí —respondió Loggath—. Si los hubiera considerado tan peligrosos como los que estamos persiguiendo, no les habría permitido escapar, tenlo por seguro.

Vania le miró a los ojos. «¿Éste es el hombre que Lancaster me dijo era uno de los principales cabecillas de la Sup—T.? Me parece que el único peligro que ofrece reside en su gran atractivo físico...» Y al darse cuenta de haber concebido este último pensamiento, se sonrojó.

—No quiero seguir discutiendo más —dijo inconstante—. Me voy a dormir.

—Que descanses bien —deseó Loggath en tono seco.

CAPÍTULO XI

E

l trépano perforó las últimas capas de tierra y el enorme vehículo surgió a la superficie, rodando todavía unos cincuenta o sesenta metros, hasta que encontró un trozo de terreno completamente llano. La escotilla superior fue abierta y el aire puro penetró a raudales dentro del artefacto.

Los periscopios les mostraron que se hallaban en un lugar cubierto de vegetación, a poca distancia de un frondoso bosque de abetos, situado en la ladera de una montaña. Loggath consultó la hora, hallando que faltaban pocos minutos para las doce. Empezaba a tener apetito.

—El almuerzo está listo —gritó Vania desde la cocinita del trépano.

—¡Voy enseguida! —contestó él. Estaba accionando los mandos,

a fin de introducir el pequeño trépano del sismógrafo en la tierra, de acuerdo con los datos facilitados por el prisionero. Hizo un par de comprobaciones y se levantó de su asiento.

Comió en silencio, sin que las palabras de Vania lograsen arrancarle apenas otra cosa que unos gruñidos ininteligibles. En vista de que no tenía ganas de hablar, la muchacha terminó por encogerse de hombros y dejó de importunarle.

Loggath despachó su ración en menos de veinte minutos. Se levantó presuroso y regresó ante el cuadro de mandos. Eran las doce y diecisiete minutos.

Apoyó la mano derecha sobre el tablero y movió los dedos en nervioso tamborileo. Ni siquiera se dio cuenta de que Vania estaba tras él, con los ojos fijos en la cinta grabadora del sismógrafo.

La cinta se deslizaba con suavidad, sin que la punta grabadora se moviese de la línea recta. Los últimos momentos les parecieron interminables.

En un momento dado la cinta grabadora acusó una variación. Una serie de puntos y rayas empezaron a aparecer en la cinta.

—¡Transmiten en Morse! —exclamó Vania sorprendida.

Loggath levantó la mano, recomendándole silencio.

Mientras los signos del alfabeto telegráfico aparecían en la cinta, él fue interpretándolos rápidamente.

—Acuda... rapidez... posible... Cav. Rect.ª... reunión todos miembros para... actuación... definitiva... —leyó en voz alta.

—¡Qué raro! —dijo Vania—. Esa abreviatura, «Cav. Rect.ª» sale de nuevo. ¿Qué es lo que debe significar?

Loggath no contestó. Estaba muy ocupado, introduciendo una segunda broca en el suelo, con el fin de detectar el punto exacto de la fuente de emisión. Cuando estaba a punto de terminar, vio con asombro que los signos del Morse se hacían repentinamente borrosos y confusos.

El fenómeno duró apenas diez segundos. De nuevo los puntos y rayas volvieron a verse definidos con claridad.

—A ver qué dice ahora —dijo Vania, muy intrigada también por el raro fenómeno.

—Cuidado... suspenda transmisión... Estoy prisionero...

Loggath lanzó un rugido de rabia.

—¡Maldición! ¡Es Dinker!

—¿Qué? —gritó Vania sin aliento—. Pero, ¿cómo puede transmitir si no dispone de sismógrafo emisor?

Loggath se puso en pie de un salto.

—Ahora mismo lo vamos a ver —mascullló, arrojando una última mirada a la cinta gráfica del sismógrafo receptor. Pegó un tirón y cortó la comunicación. El movimiento de la cinta se suspendió en el acto.

Vania siguió al joven, cuyos ojos estaban encendidos por la cólera. Loggath llegó a la puerta de la camareta y la abrió con ira.

Al ruido, Dinker se volvió con rapidez, aunque sin separarse del mamparo en que tenía apoyada la mano izquierda.

—¿Qué pasa? —preguntó muy pálido.

Loggath avanzó lentamente hacia él.

—Sucede que has enviado un mensaje a tu jefe, diciéndole que suspendiera la transmisión, por lo que, ya que no hemos tenido tiempo de detectar la fuente de emisión sismográfica, nos lo vas a decir tú… de grado —añadió, en tono ominoso.

Dinker sudaba de miedo.

Dijo:

—No lo sé…

—Bueno, en el cuerpo humano hay un montón de huesos. Tengo tiempo sobrado para ir rompiéndotelos uno a uno…

Loggath se interrumpió de pronto. Notaba algo raro en la actitud del sujeto, aunque no sabía a ciencia cierta cómo definir lo que ocurría.

Vania lanzó un grito repentino.

—¡Neil, su mano izquierda!

El joven dio un salto hacia adelante y agarró la muñeca del sujeto. Sonó un leve chasquido y un fino alambre se rompió, quedando parte del mismo adherido al mamparo de la camareta.

El otro fragmento del hilo terminaba en el reloj de pulsera.

Loggath frunció el ceño. El día anterior había observado que el reloj era desusadamente grande. Ahora volvió a fijarse en el detalle, pero con mayor detenimiento.

Soltó la correa y examinó al reloj. El trozo de alambre, de medio milímetro de grueso, iba a terminar en la cara interna del reloj. Éste, junto a la manecilla de las saetas, tenía otra muy parecida, aunque con aspecto de pulsador telegráfico.

Loggath comprendió al instante la utilidad de aquel extraño reloj.

—Es un microsismógrafo —dijo—. No puede transmitir en directo, pero sí a través de una broca ya insertada en el suelo.

—Y por eso los signos que recibíamos se tornaron confusos —exclamó Vania.

—Has acertado. Antes de que aparecieran los que este pájaro emitía. —Miró con ira a Dinker—. Nos has dado los datos exactos en dirección y profundidad negativa, pero no has dicho la profundidad vertical. ¿Quieres decírnosles ahora... de buen grado?

Dinker apretó los labios.

—No lo sé —contestó decidido.

Loggath decidió que era inútil perder tiempo con el sujeto. Sacó su pistola y se la entregó a la muchacha. Ordenó:

—Mátale si mueve una pestaña. Vuelvo en el acto.

Salió de la camareta y regresó a poco con un transmisor portátil de radio y un rollo de cuerda de nylon, fina y delgada, aunque muy resistente. Agarró al prisionero por un brazo y lo empujó fuera.

—Sal, bastardo —le increpó—. Ahora vas a ver lo que es bueno.

A empujones le hizo salir al exterior. Cuando hubieron puesto pie en la tierra, lo llevó hasta un árbol situado a treinta metros y lo ató sólidamente al él.

Hecho esto, se volvió hacia la muchacha y le dio instrucciones. Vania se espantó.

—¡Dios mío! ¡Es horrible, Neil!

—Más horrible es lo que han hecho ellos —rezongó Loggath irritado hasta el paroxismo—. ¿Prefieres quedarte fuera?

—No, desde luego —respondió ella—. Nunca me han gustado las escenas de brutalidad.

—Da lo mismo, puesto que tendrás que usar los periscopios. Pero si no lo haces tú, repito, lo haré yo.

—Está bien —accedió Vania de mala gana—. Espera un poco.

Vania regresó al trépano. Loggath se quedó a solas con su prisionero, el cual sudaba de miedo, sabiendo que iba a ser torturado, aunque sin poder adivinar el género de tormento que le aplicarían.

—Le repito que no sé nada...

—Lo veremos ahora —atajó él implacable.

El trépano se puso en marcha. Al mismo tiempo, la broca empezó a girar lentamente, a razón de dos revoluciones por segundo y con el grueso mínimo. Con el transmisor portátil en una mano, Loggath esperó.

El vehículo se aproximó al árbol. Cuando Dinker vio que la cosa iba en serio, empezó a chillar.

—¡Paren ese maldito trasto! —aulló—. No sigan adelante…

—Dinos los datos que necesitamos —contestó Loggath sin compasión—. Mientras no hables, correrás peligro de que la punta de la broca te abra un agujero en el estómago.

—¡Está bien, malditos sean todos, unos y otros! —vociferó Dinker, lívido y descompuesto, viendo que el trépano giraba a medio metro de su cuerpo—. Los datos de profundidad vertical son veintisiete kilómetros ochocientos treinta metros. Después hay que perforar cinco mil metros más en horizontal. Entonces encontrarán la Caverna Rectora… ¡y ojalá se ahoguen todos! —bramó, ahora más colérico que atemorizado.

—Muy bien —dijo Loggath—. Vania, para la broca.

La perforadora se inmovilizó. Loggath soltó las ligaduras que sujetaban al prisionero.

Vania llegó cuando terminaba la operación.

—Ha hablado, ¿no?

—Desde luego —sonrió él lleno de satisfacción.

Vania preguntó:

—¿Y si nos ha engañado?

—No lo creo. Hay momentos en que un hombre es sincero por encima de todo. ¿No es cierto, Dinker?

Dinker contestó con un gruñido.

—He dicho la verdad —masculló airado.

—Me alegro por ti —repuso Loggath en tono reposado—. Porque, de tal manera, vas a salir muy bien parado con sólo una ligera lesión en un lugar que no es correcto nombrar.

Y le arreó una fenomenal patada en el final de la espalda que lo tiró de bruces por tierra.

—¡Largo, bergante! ¡Si vuelves a hacerte visible, te desintegraré!

Dinker se puso en pie y echó a correr como alma que lleva el diablo. En pocos minutos, se había perdido de vista en la espesura.

Pese a sus preocupaciones, Vania no pudo por menos de soltar

una carcajada al ver la ridícula huida del sujeto. Luego, al quedarse solos, se volvió hacia Loggath.

—Y bien, mi… mi jefe —dijo con cierta ironía—. ¿Cuáles son tus instrucciones para nuestra futura actuación? Se me nombró jefe de esta patrulla, pero… que me degraden si no has sido tú el que ha llevado el peso de las operaciones.

—Quizá es que necesito ir a un buen siquiatra para que me borre este complejo de superioridad que aún me dura de mis tiempos de coronel de la Sub—Pol —declaró Loggath sin inmutarse.

—Es posible —convino ella—. Pero, ¿qué hacemos?

Loggath tomó su mano.

—Ven. Ahora mismo lo verás.

Devorada por la curiosidad, Vania le siguió al interior del trépano.

CAPÍTULO XII

L

a perforadora volvía a taladrar las rocas.

Neil Loggath dormía. Aunque estaba conectado el piloto automático, Vania permanecía en su asiento contemplando abstraída las indicaciones de los instrumentos. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y reflexionaba.

Su vida había estado acondicionada hasta entonces por el hecho de que resultaba imprescindible vivir bajo tierra. No había sido el peligro atómico lo que había amenazado con extinguir la vida humana, sino el paulatino envenenamiento de la atmósfera y la creciente carencia de alimentos naturales.

Los animales se extinguían y los vegetales cedían ante el inexorable avance de la civilización. Costó largos años —que ella recordase, de sus estudies de Historia, tres cuartos de siglo— antes de que las autoridades del planeta adoptasen por fin el plan salvador: construcción de ciudades subterráneas y fabricación de alimentos artificiales a base de transformación de primeras materias minerales.

Fue preciso que transcurriese todavía un siglo antes de que

estuviera terminada la primera parte del programa. Para entonces, más de la mitad de la población terrestre nacía, vivía y moría a distintas profundidades de la superficie.

Al finalizar el segundo siglo después de la primera perforación, el plan se había cumplido en toda su extensión. Para entonces, sólo quedaban en el exterior algunos servicios imprescindibles, cuidadosamente elegidos los hombres que los desempeñaban y que, en conjunto, no sumaban medio millón siquiera.

Libre del emponzoñamiento causado por los humos industriales, la atmósfera se purificó, con la ayuda inapreciable de las plantas, que en sólo un siglo adquirieron un desarrollo fabuloso.

La naturaleza recobró de nuevo el equilibrio perdido a lo largo de cinco mil años de civilización, aunque el verdadero estrago se había producido a partir de los inicios del siglo XIX. Sin sufrir ninguna persecución, los animales volvieron a reproducirse, tanto los considerados domésticos como los salvajes.

Las leyes que se habían establecido fueron muy severas. Debían serlo a la fuerza. Aún eran vigentes.

Vania se preguntó si no había llegado ya la hora, después de setecientos años de encierro, de que la humanidad empezara a salir de nuevo a la superficie. Ahora había sitio, aire y alimentos naturales para todos.

Las fábricas continuarían en el interior del subsuelo. Para moverlas, ya no se empleaban combustibles energéticos que dejasen rastros humosos. Toda la energía provenía de la desintegración del átomo.

Los desechos radiactivos ya no eran arrojados al mar, con peligro de contaminación de sus aguas. Más sencillo, eran depositados con toda precaución en sólidos blindajes de plomo que luego eran despedidos al espacio. Una órbita calculada al máximo detalle matemático enviaba tales proyectiles hacia el horno siempre ardiente del Sol, consumiéndose mucho antes de llegar a su superficie.

Por lo tanto, la Tierra era ya pura de nuevo. ¿Por qué no volver a la superficie? Si se reflexionaba con imparcialidad, se dijo, los miembros de la Sup—T. poseían una gran razón en sus aspiraciones. Pero, ¿por qué algunos cometían hechos que debían ser reprobados?

¿Qué objeto les guiaba al actuar de una manera que podía

calificarse de criminal?

La broca giró de repente con mayor rapidez que la prevista. Vania desconectó el piloto automático y detuvo la marcha del trépano, aunque dejó que la perforadora continuase girando a ritmo lento.

Lanzó una broca de sondeo. Entonces, despertado por la súbita parada, acudió Loggath.

—¿Qué ocurre?

—Hemos penetrado en una bolsa de líquido —contestó ella—. ¡Mira, es petróleo!

Loggath meneó la cabeza, al mismo tiempo que sonreía.

—En otros tiempos, eso habría provocado una gran alegría. Puedes seguir, se trata de una vena de no demasiado grosor.

El trépano tocó roca poco después.

—¿Qué piensas encontrar en la Caverna Rectora? —preguntó Vania, cuando hubieron vuelto a la ruta prevista.

—Tú misma te has dado la respuesta —contestó él—. El Consejo Rector o como quiera que se llamen a sí mismo los dirigentes de la Sup—T.

—¿No crees que habrán escapado después del aviso de Dinker?

—Es posible. En todo caso, ya no volverán a reunirse más en ese sitio.

—Con lo cual volveremos a estar como antes.

—¿No nos encargó Läntser su captura?

Vania se mordió los labios.

—Sí, pero… —De pronto se sintió desanimada—. Es casi como dar palos de ciego.

—Muchas veces sucede eso en toda investigación policíaca.

—Me parece que hablamos por hablar, pero no decimos nada positivo.

—Es que no podemos hacerlo hasta encontrar esa Caverna Rectora. ¿Qué más quieres que digamos?

Vania se calló. A simple vista, el joven tenía razón. Pero, ¿lograrían en esta ocasión el éxito que ansiaban?

Varias horas más tarde, alcanzaron un sitio libre. El trépano rodó unos cuantos metros por un terreno llano y al fin, se detuvo.

Loggath sacó los periscopios y examinó el panorama a través de la pantalla correspondiente.

—Estamos en un túnel parecido al que se inundó —dijo al cabo de unos momentos.

—¿Vamos a salir?

—Por supuesto que sí —contestó él, poniéndose en pie.

Momentos después, se hallaban en el exterior, provistos de sus pistolas y linternas. La oscuridad era absoluta en aquel lugar.

Loggath paseó el haz de rayos de su lámpara por las inmediaciones. Pudo ver que la distancia al techo era de unos cien metros y que la anchura alcanzaba el cuarto de kilómetro.

Vania iluminó un cartel adherido a la pared más cercana.

—Mira, Neil —dijo.

El cartel señalaba, por medio de una serie de cifras y signos convencionales, que estaban en un túnel construido para reserva de la población terrestre y que no debía ocuparse hasta principios del año 3100.

—Puesto que nos separa casi un siglo de la fecha en que la gente empezará a vivir aquí, es lógico que los de la Sup—T. hayan escogido este sitio como punto de sus reuniones —manifestó Loggath—. Vamos.

Caminaron alumbrándose con las lámparas. Pese a que llevaban calzado con suela blanda, a veces sonaban sus pisadas y retumbaban con vagorosos ecos bajo las bóvedas de roca.

De pronto, la lámpara que llevaba Loggath iluminó algo que centelleaba vivamente. El joven se acercó al muro y después de un atento examen, sacó su cuchillo y arrancó un trocito de roca que entregó a Vania.

—En otros tiempos, esto tenía mucho valor —explicó.

—¿Qué es? —preguntó ella contemplando el pedrusco casi tan grueso como su puño y del que brotaban unos destellos de fuego que parecían surgir en su interior.

—Carbono en estado de absoluta pureza. Su nombre vulgar es el de diamante.

—¡Un diamante! —exclamó Vania, contemplando hipnotizada la enorme gema—. ¿Puedo... puedo guardármelo? —preguntó con timidez.

—Eres mi jefe —sonrió él.

—Las joyas están prohibidas —objetó Vania—. Todos los diamantes que se encuentran son para usos industriales.

—Embellecer a la mujer fue antaño una de las industrias más lucrativas —comentó Loggath en tono de buen humor—. Puedes guardarte el diamante sin ningún temor: no seré yo quien te delate. Además, pronto se derogarán muchas leyes que ya no tienen razón de ser. Continuemos.

Vania le dirigió una mirada suspicaz al reanudar su camino.

—Pareces muy bien enterado de algunas cosas —observó.

—Cosas de la profesión —respondió él con acento trivial. Su sonrisa se borró de pronto cuando vio que el túnel se acababa a veinte metros de distancia—. Vaya —dijo, enojado—. ¡Parece ser que ese granuja de Dinker nos engañó de nuevo!

—Ya te advertí que era un tipo muy poco de fiar —rezongó Vania, no menos enojada—. ¿Y qué haremos...?

—Espera —la interrumpió Loggath—. Mira lo que tenemos delante de nosotros.

Al pasear el haz de rayos de la linterna por delante, había divisado lo que parecía la entrada de un túnel de pequeño tamaño y que se le había pasado desapercibido en los primeros momentos. El túnel tenía más aspecto de pasadizo que de otra cosa, ya que su altura apenas rebasaba los dos metros y su anchura era de la mitad. Sin vacilar, Loggath se adentró por el pasadizo. Determinadas señales en la roca le hicieron saber poco después que la mano del hombre tenía una parte completa en su perforación.

—Bien —dijo—, veamos a dónde nos conduce.

Poco después, a los cien metros, divisaron una luz delante de ellos. Unos minutos más tarde, se asomaban a una vasta caverna brillantemente iluminada.

Vania se quedó muda de asombro al presenciar el inenarrable espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. La caverna era de una grandiosidad poco común y, a la derecha, según su posición, se divisaban varios edificios de buen tamaño. En el centro había un gran anfiteatro de forma semicircular, cuyos peldaños habían sido esculpidos sobre el suelo de la caverna, de modo que todos los asistentes pudieran presenciar sin trabas el espectáculo desde sus asientos, con toda comodidad.

—Sólo que ahora no es un espectáculo propiamente dicho lo que estamos viendo —murmuró Loggath entre dientes.

Había numerosas personas sentadas en las gradas de piedra,

conversando con animación. En la explanada de la izquierda se divisaba hasta una docena de trépanos destinados al transporte colectivo, los cuales debían haber servido para trasladar a aquellas personas desde sus residencias hasta la que los partidarios de la Sup —T. habían dado en denominar Caverna Rectora.

Los murmullos cesaron de pronto. Un grupo de hombres salió en aquel momento de uno de los edificios, dirigiéndose hacia el escenario del anfiteatro.

Sonó una cerrada salva de aplausos. Vania no acababa de creer lo que estaban contemplando sus ojos.

La ovación iba dirigida en especial al hombre que ocupaba el lugar preferente del grupo. Éste, sonriendo con falsa modestia, correspondió a los aplausos con varias inclinaciones de cabeza. Luego alzó ambas manos, haciendo señales de que se disponía a hablar.

—¡Dios mío! —musitó Vania—. ¡Es...!

—Sí, el mismo —convino Loggath.

Ella le miró casi con irritación.

—Tú lo sabías desde un principio —dijo en tono acusador.

—Hasta cierto punto, querida. Pero me faltaba una prueba y creo que él mismo va a proporcionárnosla.

—¿Cómo lo supiste...?

Loggath alzó una mano.

—Silencio. Nuestro buen amigo Arne Läntser va a dirigir la palabra a sus secuaces.

CAPÍTULO XIII

L

os aplausos cesaron. El coronel Läntser, rebosando orgullo y satisfacción, avanzó un par de pasos en el escenario. Fingía modestia, pero sus ojos brillaban con vanidad que sólo a duras penas lograba reprimir.

—Amigos —declaró con gran énfasis—, el gran día está a punto de llegar.

Hizo una corta pausa, como para acentuar el sentido dramático

de sus palabras, a fin de lograr una mayor impresión en su auditorio.

—Sí, el nuevo amanecer se insinúa ya. Pronto romperemos las cadenas que nos aherrojan y dejaremos de ser gusanos que se arrastran por el interior de la tierra, para volar por el aire libre con el poder y el orgullo de las águilas.

Una salva de aplausos cortó sus frases. Los gritos de «¡Bravo!» atronaban bajo las bóvedas de la caverna.

Läntser se puso una mano en el corazón, a la vez que sonreía con falsa humildad, como agradeciendo los ruidosos elogios que se le tributaban.

—No me aplaudáis, amigos —siguió cuando el silencio se hubo rehecho—. Dedicad esas ovaciones a los hombres y mujeres que han luchado y luchan gallardamente en la sombra, en la clandestinidad, soportando prohibiciones sin cuento y penas indescriptibles, pero, en todo momento, con el corazón abierto a la esperanza. Ellos son los que, al fin, han hecho posible que nuestros esfuerzos se hayan trocado en realidad… una realidad próxima y tangible, la realidad de que quienes ansían vivir al aire libre, gozando del calor del sol y disfrutando del centelleo de las distantes estrellas… ellos son quienes merecen nuestro mejor y más encendido recuerdo.

Otra estallante salva de aplausos hizo vibrar las bóvedas de roca.

Loggath sonrió.

—No cabe duda de que es un buen orador —comentó.

—Cuando menos, sabe usar los más eficaces latiguillos de la retórica —contestó ella con el rostro lleno de sombras.

Läntser continuó hablando:

—Pronto llegará ya nuestro día, amigos. Ese día serán revocadas las injustas leyes que nos mantienen atados bajo la superficie, viviendo en las Sub—Urbes, como seres indignos de disfrutar de las maravillas naturales que alberga nuestro planeta en la superficie. Todos vosotros habéis luchado y padecido, pero pronto tendréis vuestra adecuada recompensa. Cuando oigáis la señal…

El orador se interrumpió de pronto.

—Perdonad, queridos amigos —dijo—. Olvidé deciros que tenemos un par de invitados extraordinarios, los cuales nos están escuchando desde un lugar tan alejado como incómodo. Si no tenéis inconveniente, haré que se acerquen al escenario, con el fin de que

oigan mejor nuestros discursos. ¡Capitán Wegener!

Vania se quedó helada al oírse nombrar. Loggath la agarró de pronto por el brazo oprimiéndoselo con fuerza.

—Calma —dijo en voz baja—. No temas.

—¿Quiere usted —siguió Läntser— salir a terreno descubierto, en unión de su acompañante?

Vania tenía el rostro cubierto por una palidez mortal.

—¿Cómo saben que estamos aquí? —murmuró.

—Es lo lógico, ¿no crees? —respondió él, sin perder la serenidad —. Vamos, aceptemos la invitación que se nos formula.

Sordos murmullos se escapaban de la masa de espectadores, cuyos rostros se habían vuelto hacia el lugar donde estaban ellos. Tomándola de la mano, Loggath avanzó unos pasos, saliendo ambos a terreno descubierto.

—Por favor, mi querido capitán Wegener —dijo Läntser untuosamente.

Alguien lanzó un agudo grito de acusación:

—¡A muerte los esbirros de la Sub—Pol!

El alarido fue coreado por la mayoría de los presentes, de cuyas gargantas se escaparon salvajes imprecaciones de odio contra la pareja.

—No tiembles —recomendó él en voz baja—. Mantén la serenidad... Eso es, alta la barbilla y el gesto desdeñoso...

Un hombre se levantó súbitamente de las últimas filas del anfiteatro y corrió hacia ellos, blandiendo los puños a la vez que lanzaba obscenas imprecaciones. Loggath le dejó llegar a su altura y entonces, esquivando el primer golpe, lanzó un puñetazo que derribó a su adversario con los pies por alto.

Su gesto desencadenó una tempestad de gritos de cólera. El joven echó mano a su pistola, dispuesto a usarla si la situación se agudizaba.

Läntser consiguió acallar el griterío.

—Dejadlos, amigos —ordenó—. Permitid que lleguen hasta nosotros.

Loggath y Vania descendieron por el pasillo central hasta llegar a la escalerilla que conducía al escenario. Una vez arriba, Läntser movió una mano y cuatro a cinco sujetos se les echaron encima, despojándoles de sus armas antes de que pudieran oponer

resistencia.

—Lamento tener que comportarme con tan poca educación —explicó Läntser sonriendo con expresión meliflua—. Las circunstancias, sin embargo...

—¡Es usted un traidor, coronel! —le apostrofó Vania con inaudita violencia—. Puede matarnos si quiere, pero vendrán otros que castigarán sus crímenes sin piedad.

—Retórica, pura retórica, mi querido capitán. Wegener —contestó Läntser sin inmutarse—. Todo es cuestión de puntos de vista. Otros me consideran como un héroe.

—Las familias de los guardias asesinados le considerarán como un criminal.

—El progreso exige víctimas —respondió el villano. Agitó la mano—. Llévenselos a los dos y enciérrenlos hasta que yo termine mi discurso.

Vania hizo ademán de resistirse, pero cesó en sus esfuerzos cuando vio que Loggath se entregaba sin formular la menor objeción. Rabiando en su interior, se dejó conducir hasta uno de los edificios próximos, en una de cuyas habitaciones fueron encerrados con toda precaución.

—Creí que te comportarías con algo más de valor —dijo, apenas estuvieron solos.

—Querida —sonrió él—, el valor no sirve de nada cuando hay varios centenares de locos dispuestos a hacernos pedazos, sólo con que su jefe mueva las pestañas. Es mejor ceder por el momento... lo cual no significa que hayamos de pasarnos al bando de los traidores.

Vania le miró perpleja a través de sus espesas pestañas.

—Yo creí que pertenecías a su bando —murmuró—. ¿O simplemente estás desempeñando un papel ficticio, con objeto de engañarme?

—A estas alturas, ¿qué provecho podría sacar de un engaño?

—Pero...

—Escucha —la interrumpió él de pronto.

Aunque la puerta estaba cerrada, los gritos y las ovaciones llegaban hasta el lugar en que se hallaban si bien, bastante amortiguados por la distancia y los obstáculos. Sin embargo, era fácil darse cuenta de que Läntser tenía la aprobación incondicional

y vociferante de todos cuantos estaban escuchando sus demagógicos discursos.

—¿Cómo supiste que él era el jefe? —preguntó Vania de repente.

—Querida —respondió el joven—, un jefe de destacamento de la Sub—Pol no debe tener amigos... según en qué momentos, claro está.

—¿A qué viene eso? —exclamó ella, intrigada.

—Es muy sencillo, nunca debió decir a los guardias que nos pidieron la documentación a poco de haber salido a la superficie que éramos sus amigos. Además, ¿no te parece demasiada casualidad que llegara en aquel preciso momento con «sus amigos»?

Vania dudó un momento.

—Pudo tratarse de una coincidencia.

Loggath preguntó:

—¿Y las letras «Cor»...? ¿También fue coincidencia nombrarme a mí para acompañarte en esta misión?

—Dijo que eras sospechoso, que yo debía vigilarte y que...

Se interrumpió y se sintió sofocada, recordando el resto de las instrucciones que le diera Läntser.

—Dijo que debía tratar de conquistarte —terminó con voz tensa.

Loggath emitió una risita.

—Querida —dijo—, has de saber que nunca fui degradado, que los presuntos afiliados a la Sup—T. que yo dejé escapar no existieron jamás y que, en fin, el propio Läntser me encomendó una misión para la cual había sido ya designado por personas de más alto rango que el suyo. En cuanto a uno de los objetivos que te fueron asignados —el de conquistarme— he de decirte, para tu satisfacción, que lo has conseguido plenamente.

Vania estaba del todo estupefacta. Ni siquiera las últimas palabras del joven consiguieron hacerla salir de su asombro.

—Pero, entonces... tú... usted...

—Nada de «usted» —corrigió él sonriendo—. Neil a secas, que en tus labios suena a mieles.

—¡Me has tenido engañada todo el tiempo! —alegó ella furiosa.

—Era mi obligación.

—Pudiste habérmelo dicho —le acusó ella.

—El «trato» era que tú dirigieses la expedición.

—Pues resultó exactamente todo lo contrario. Tu complejo de superioridad —insufrible superioridad— estuvo presente en todos los momentos.

—Eso es algo que tendrás que aprender a seguir soportando.

—¡Cómo! —se indignó ella—. ¿Qué insinúas?

—Pues lo mismo que piensas. Tendrás que soportar mi dominio durante el resto de tus días, después que nos hayamos casado, por supuesto.

—¡Qué! —gritó Vania—. Insoportable egoísta, ¿todavía pretendes que yo me...?

La puerta se abrió con estrépito haciendo cesar las coléricas frases de la muchacha.

—¿Interrumpo un coloquio entre enamorados? —preguntó Läntser con amabilidad.

—¡No hay enamorados que valgan! —estalló Vania—. Y lo mejor que puede hacer es soltarnos, miserable bandido.

Läntser se echó a reír.

—Los insultos en labios de mujer saben a elogios, ¿no es cierto, cabo Loggath?

—Depende de quién los reciba —contestó el joven con mesura —. En su caso, resultan auténticos, ex coronel Läntser.

El aludido frunció el ceño.

—No sé lo que quiere usted decir —gruñó—. Si se trata de una broma de mal gusto, puede pasar, aunque... bien mirado —sonrió de pronto—, tal vez no esté el calificativo tan mal aplicado como a primera vista pueda parecer. Después de todo, tendré que dimitir mi cargo actual para ocupar el de Primer Ministro del primer gobierno de superficie que se formará dentro de pocos días.

—Así que era eso lo que usted pretendía —dijo Vania con rabia.

—Ni más ni menos. Y a ambos, pero a usted sobre todo, Loggath, les ofrezco la oportunidad de progresar, uniéndose a nuestras filas. La victoria es cuestión de días.

—Yo diría mejor: «La derrota es cuestión de horas, tal vez de minutos» —respondió el joven sin pestañear.

—Usted posee un acusado sentido negativo del humor —gruñó Läntser—. Es simpatizante reconocido de la Sup—T. ¿Qué le impide unirse a nosotros?

—La decencia.

Läntser le miró con atención.

—Loggath, por si no lo sabe, le diré que hay millares de simpatizantes nuestros que ocupan puestos claves en el Gobierno y que en un momento dado, se rebelarán, iniciando así el movimiento que va a conducirnos al logro del objetivo final.

Al oír aquellas palabras, Vania se quedó aterrada. ¡La derrota era segura!, pensó.

CAPÍTULO XIV

N

eil Loggath no pareció afectarse en absoluto por las frases de Läntser.

—A estas horas —repuso imperturbable—, se ha efectuado una redada gigantesca y todos sus miles de secuaces han sido puestos a buen recaudo, ex coronel Läntser —dijo, dejando a Vania boquiabierta de asombro—. Y dentro de pocos minutos, unas cuantas docenas de trépanos, ocupados por guardias fieles, irrumpirán en la caverna para detenerle a usted y a cuantos se encuentran aquí.

Läntser se desconcertó.

—Eso es mentira —dijo secamente—. Trata de engañarme...

—No hay engaño que valga —le atajó el joven—. Por si no lo sabe, le diré que mi degradación fue sólo ficticia y que conservo mi grado, con todas las preeminencias y autoridad que el mismo me confiere. El Ministro del Orden Interior me encomendó la misión de descubrir y capturar a los jefes de la Sup—T., para lo cual se dispuso esta pequeña comedia, incluso fingiendo la libertad de varios de sus simpatizantes, a fin de reforzar el aspecto externo del encargo recibido. Por cierto, no se sospechaba que fuese usted el jefe, aunque sí suponíamos, por ciertas confidencias, que residía en Sub—Urb Veintidós.

»No es el hecho de desear una vida en la superficie de lo que se le podría acusar a usted, Läntser —prosiguió el joven—, sino de haberse servido de un legítimo estado de opinión, para subvertir el orden actual y hacerse con los resortes del poder en provecho

propio. Esto es de lo que se le acusará y por lo que será juzgado en el momento oportuno.

Läntser estaba como paralizado al oír aquellas palabras. Al final se dio cuenta de que el joven no mentía, que todo cuanto acababa de oír era auténtico, la legítima expresión de la verdad. Los sueños de gloria y poder tan ansiosamente deseados, se derrumbaron en un instante.

Su mano voló a la pistolera.

—¡Al menos, no lo verás, maldito! —rugió forcejeando para sacar el arma.

El pie derecho de Loggath se levantó veloz y golpeó la muñeca del traidor. La pistola voló por los aires.

Läntser soltó un aullido de dolor. El joven le asestó un terrible puñetazo en la mandíbula derribándole inconsciente por el suelo.

Vania se apoderó de la pistola en el acto. En el mismo momento, se oyó afuera un espantoso clamor.

Loggath agarró a la muchacha por el brazo.

—¡Salgamos!

Cuando llegaron a la puerta del edificio, divisaron un espectáculo inusitado.

Varias decenas de trépanos aparecían en aquellos momentos, convergiendo desde los muros de la enorme cueva. Algunos, incluso, surgían del suelo, hasta desempedrando el anfiteatro. Uno apareció justo en el escenario y las columnas de un pretendido estilo derrumbaron con tremendo estrépito.

La mayoría de los conjurados allí reunidos se rindieron en el acto.

—¿Qué les harán? —preguntó Vania llena de curiosidad.

—Serán sometidos a una investigación y castigados sin rigor, a menos que hayan tomado parte directa en actos de violencia. Al Gobierno no le interesa en estos momentos crearse una reputación de crueldad.

Vania asintió con la cabeza. Suspiró.

—Ya ves, ahora que los de la Sup—T. se me estaban haciendo simpáticos...

Loggath sonrió.

—Querida, has de saber que hace ya tiempo que el Gobierno, en el más estricto secreto, viene haciendo una serie de estudios para

iniciar el paulatino abandono de las Sub—Urbes. Pronto residiremos en el exterior… aunque como comprenderás, no lo iban a hacer dando la impresión de que actuaban bajo la presión de una organización de fines aparentemente benéficos, pero, como has visto, altamente subversiva en el fondo. La vuelta a la superficie plantea muchos problemas pero con un poco de esfuerzo y buena voluntad, todo se irá solucionando.

—Eres una fuente continua de sorpresas —dijo ella, mirándole admirada, a su pesar. Y en aquel momento, se oyeron unos fuertes gritos.

—¿Qué hacen esos locos? —gritó Loggath—. ¡Deténgalos, pronto! —se dirigió a un grupo de guardias que cercaban a los prisioneros.

Un trépano, ocupado por algunos fugitivos, arrancaba en aquel momento a todo correr. En su ansia de huir al castigo, los tripulantes del vehículo partieron sin dirección determinada.

La broca giraba ya a reducida velocidad. Loggath se dio cuenta de que el trépano se encaminaba hacia la casa de la cual habían salido momentos antes.

En aquel instante, un hombre apareció en la puerta, vacilante e irresoluto, aturdido aún por el puñetazo que había recibido. Vania lanzó un fuerte grito y volvió el rostro.

Läntser abrió la boca y emitió un horrible alarido cuando vio que el enorme artefacto se le echaba encima. Trató de saltar a un lado, pero ya era tarde.

El trépano era de tamaño doble del corriente, ya que estaba destinado al transporte colectivo. Aunque la broca giraba al mínimo de revoluciones, su movimiento de rotación fue suficiente para destrozar en mil sangrientos fragmentos el cuerpo del traidor.

El pesado armatoste continuó su camino, atravesando el edificio con toda facilidad. La estructura se derrumbó en medio de una enorme polvareda.

—¡Escapan! —gritó Vania.

Dos trépanos de la Sub—Pol se lanzaron en persecución de los fugitivos.

—No irán muy lejos —sentenció Loggath.

Respiró profundamente. Al hacerlo, pensó con satisfacción que pronto podría respirar a pleno pulmón el aire del exterior.

Sub—Tierra había cumplido su misión. Purificada la superficie, era hora ya de regresar al lugar de donde sus antepasados habían partido, setecientos años antes, a fin de evitar la extinción de la Humanidad.

EPÍLOGO

Salían con expresión incrédula. Miraban con ojos muy abiertos la luz del sol, el azul de las corrientes de agua y el verdor de los campos. Ya no tendrían que preocuparse por un próximo regreso a las profundidades subterráneas.

Cerca de las desembocaduras de los ascensores que conducían a las gentes a la superficie, se veía un gran movimiento de hombres. Había varias tiendas de campaña, todas ellas ocupadas por burócratas en plena actividad de ubicación de las personas.

Caminando con paso firme, el comandante de la que ahora se denominaba Sup—Pol con toda justicia, Vania Wegener, se dirigió a uno de los guardias que vigilaban la salida de las personas.

—Busco al Secretario de Urbe Número Veintidós —dijo.

—Está en la cuarta tienda —contestó el guardia, saludando a la muchacha respetuosamente.

Vania exclamó:

—Gracias.

Vania llegó a la tienda.

—El secretario me ha llamado —dijo al agente que se hallaba a la entrada.

—Pase usted, mi comandante —contestó el individuo, levantando la lona que cerraba el paso.

Vania franqueó el umbral. Apenas lo había hecho, se detuvo en seco.

—¡Tú! —exclamó con ira sofocada.

Loggath se puso en pie, sonriendo con toda cordialidad.

—Sí, el mismo —contestó. Con gesto de la mano despidió al ayudante que tomaba unas notas junto a la mesa instalada bajo la lona—. Preciso de tus servicios, Vania; por eso te hice llamar.

—Muy bien —contestó ella, con rigidez—. Aquí estoy. Supongo —añadió— que habré de darte las gracias por mi ascenso.

—Te lo debes a ti misma —sonrió él, mientras daba la vuelta a la mesa—. Yo sólo hice constar en mi informe tu espléndida labor.

—Gracias. ¿Algo más? ¿Qué órdenes son las que tienes que darme?

Loggath se volvió y tomó de la mesa un papel, que entregó a la muchacha.

—Éstas —contestó con sencillez.

Vania leyó el documento. Al terminar, lanzó un agudo grito.

—¡Ah, no, eso sí que no lo consentiré! ¡No es una orden oficial...!

Neil Loggath rodeó su esbelto talle con ambos brazos.

—Es sólo una licencia de matrimonio, ya lo sé —confirmó—. Y claro que no estás obligada a obedecer lo que se dice en ella, pero... en cierta ocasión recibiste una orden, recuérdalo.

—La orden no decía que yo tuviera necesariamente que dejarme conquistar.

—¿Y si te la doy yo, como jefe directo tuyo?

Los ojos de Vania chispearon de pronto.

—¿Qué me ofreces a cambio? —pidió, dulcificando su gesto.

Sin soltar su cintura, Loggath la empajó con dulzura fuera de la tienda.

—He aquí lo que te ofrezco —dijo, moviendo la mano libre en semicírculo—. Sol, aire, árboles, agua... y la seguridad de que nuestros hijos nacerán y crecerán fuera de las cavernas, en la Sup—T. Aparte de amor garantizado por el resto de nuestras existencias.

Hechizada por el hermoso panorama que se divisaba, Vania calló durante unos momentos.

Una bandada de palomas pasó volando por encima de sus cabezas. En un pino cercano, dos ardillas les contemplaban con inquieta curiosidad.

Un soplo de fresca brisa agitó los cabellos de la muchacha. Suspirando profundamente, Vania apoyó su cabeza en el hombro de Neil, al mismo tiempo que exclamaba:

—¿Quién podría rechazar una oferta semejante?

F I N